

CUENTOS Y NARRACIONES

POR

FRANCISCO GAVIDIA



SAN SALVADOR



TALLERES GRAFICOS CISNEROS

1931.



EL CÓDICE MAYA

AL DR. ALBERTO LUNA.

Era un indio de esa región de Quintana Roo, donde las ruínas, que protege la fiereza de los mayas a quienes no ha sometido la conquista, no han recibido aún la visita de exploradores ni arqueólogos.

¿Conservan allí la antigua religión, como conservan el idioma? ¿Descifran o más bien leen corrientemente esos jeroglíficos que desde hace ciento cincuenta años estudian sabios eminentes del mundo civilizado?

¿Llevan los antiguos nombres, usan sus mantas pictóricas o monedas antiguas, se recrean en los jarros, en los ladrillos ornamentales, cubiertos de relieves y dibujos, y en los estucos maravillosos? ¿Guardan cuidadosos el pez de oro y plata que se mueve y ondula imitando la vida, al sólo contacto de su dueño?

¿Sobre todo, hojean, engolfados en esa ciencia que hace tanto tiempo inquiere con avidez el sabio europeo, esos analtés, tiras de papel de maguey de muchos metros, plegadas como abanico, en que desfilan su ciencia, su vida, su historia?

Si es así, ellos han comprado este derecho al precio de cien combates y el extranjero ha pagado su curiosidad con su sangre.

Este indio cuyo nombre es Kanob en Quintana Roo, ha leído en un pedazo de periódico, hallado en un camino, arrojado al acaso por un viandante,—la noticia de que una expedición científica formada por ingleses, alemanes, mexicanos y franceses, se dirige al país «misterioso» de que hablan antiguas tradiciones, que él lee a diario en sus piedras y amatles o libros: van a Tlapalan.

Indudable es que en ese país podrá él completar sus nociones sobre la época trágica de la lucha de Tula y Palenque.

Se dirige, pues, a esa ciudad de Tula que hoy se llama Ciudad Real, en Chiapas, donde se halla la expedición.

Se presenta, no como práctico, menos, entre aquellos sabios, como el único que puede leer en monolitos, graderías, relieves y analtés, lo que es habitual para Kanob desde sus primeros años—sino como simple bracero.

—Cuál es tu nombre?, le pregunta Mr. Koenigsberg, el jefe de la expedición.

Se llama como todos los indios:

—José.

—Y tu apellido?, insistió el arqueólogo.

Su apellido?, el de todos los indios:

– Pérez.

Su nombre para todos es José Pérez. Sólo él sabe cuál es su verdadero nombre. Su nombre es Kanob,—el Firmamento.

***

Llegada la expedición a Copán, su oficio de bracero le da tiempo, al remover los bloques esculpidos, de leer fragmentos o frases sueltas de las inscripciones.

Nada!, no hay nada de lo que busca.

Un día, la única vez que habló, exclamó dirigiéndose al sabio:

—¡Si estos bloques se pusieran en fila como estaban en las graderías!

El sabio aceptó.

Un gran espacio del césped se llenó de bloques.

Después de lo cual Pérez murmuró:

—Nada!, no hay nada!

Entonces pidió que se le diese una de las barras; y obtenido esto, se lanzó a los montículos. Dentro hallaría los templos cuyo plano litúrgico le era tan conocido,—el sitio de la cripta, la orientación de la entrada o puerta de los sacerdotes, que daría frente al Bacab que sostiene los cielos por

el lado en que sale el Sol; el lugar en que está la mesa de piedra donde se halla la vasija sagrada en que guardaban los analtés, —los libros sagrados.

A los pocos barretazos la tierra se hunde, y José Pérez desaparece de la vista de sus compañeros. El caporal dice al cabo de pocos instantes:

—Un hombre perdido! Los gases le han dado la muerte.

Todos se alejan aterrados. Habrá que tomar precauciones para descender al resumidero.

Mientras tanto en el seno de la cripta, un haz de luz que penetra por dos lejanas claraboyas que horadan la pirámide, alumbra la vasija sagrada: una tira de maguey está allí intacta: el negro, el rojo, el azul de las escrituras han palidecido muy poco.

Kanob en aquella cripta estaba transfigurado. Leía, leía con la serenidad de un Sol de los bajo-relieves.

Era claro. El primer Quezalcoatl había unido a Copán, Mictlán, Cuscatlán y Tehuacán; había formado la familia maya-nahoa, la misteriosa Tlapalan. Después había emprendido la gran expedición por el mar, que saliendo del Golfo Dulce, había ido a fundar a Tula. Se veía en la parte ilustrativa o pictórica, el momento en que un guerrero, para dar un distintivo al gran Jefe, le ataba al brazo una correa, y a Quezalcoatl que le decía:

—Tú serás *el del brazo* y los tuyos llevarán este nombre. De hoy en adelante, pues, te llamas *Acolhua*.

El analté explicaba en torno de las figuras, en signos aglutinados, que la raza de Acolhua o Aculhua, eran los señores del poblado de Aculhuac, en Cuscatlán de Tlapalan.

Kanob dijo para sí:

—De esta misma familia que pasó de la Tula de Chiapas a Tula de Anahuac descendía el desgraciado Acolhua que se llamó Moctezuma.

Una ojeada le bastó a Kanob para leerlo todo: eran signos y dibujos familiares para los de su clase. ¿Qué hacer con el códice? ¿Entregarlo a los arqueólogos que lo insultaban con su impertinente curiosidad? ¿Cuánto valdría ese códice, si sabía ocultarlo? Toda una fortuna.

Una sonrisa de desprecio se dibujó en su faz de ídolo moroso.

Además, sería registrado. Se le daría si bien le iba, la gratificación de unos pocos duros.

— Ah!, pensó; algo debemos al extranjero, que en vez del sagrado malahuaste de donde sacaba un príncipe cada medio siglo, el dón terrible del fuego que conservaban las vestales, nos vende estas cajillas de fósforos que son tan baratos, portátiles y manuales! ¿Llevar este analté? ¿Para qué? Con nuestra fácil escritura todo lo tengo en la memoria. Puedo escribir estos signos y trazar estas figuras cuando yo quiera.

Y al decir esto encendió hasta tres fosforillos que aplicó a la valiosísima tela. El libro que a través de la ánfora sagrada había calentado el rayo de sol por tantos siglos, ardió con más rapidez aún que la yesca.

Al mismo tiempo Kanob dirigía hacia arriba el puño cerrado, en señal de desafío a los arqueólogos.

***

Vuelto a salir del sumidero, José Pérez con fingido enojo, pretextó que se le había dejado sin auxilio en el percance, y pagada su liquidación, manifestó que se volvía a su tierra, pues era de Quintana Roo.

Los arqueólogos lo vieron alejarse con estupefacción:

—¡Un indio de Quintana Roo!

LA TORTURA

El día 18 de Agosto corriente fuí feliz.

"..

"...

"..............................

"Amigo mío:

"Le envío una palomita petenera; quiérala mucho como lo sé hacer yo; que los asuntos..................no le hagan olvidarse de ella, que es muy buena.

....

"Si viera cuántas cosas le he dicho a la petenerita para que se las diga a Ud.; y ella, con cuánta atención me ha oído!..
....
"...
...."

———

La obsequiante es, puedo decir, una hermana mía. Me estima tanto como yo la venero.

Hablamos de muchas cosas que a nadie le importarían un comino y que para nosotros tienen mucha trascendencia: verbi-gracia, lo que atañe a una petenera.

Asuntos graves.

———

La paloma es gentil.

Esta joven tendrá unos ocho o nueve meses de edad. Es de porte distinguido, de paticas rojas, de alas plomizas con un tinte de rosadas, de pecho primoroso, blando como parece que ha de ser un vellón de nube.

Respecto a sus ojos, la expresión es profunda y misteriosa como la de una muchacha enamorada.

Cuando alarga la cabecita para ver mejor, su mirada se hace escudriñadora. Ira, desdén, soberbia, no se transparentan en la expresión de esos ojos redondos y serenos.

En torno del cuello se ve una lista negra formada por amable pelusilla.

Su cabeza parece modelada por el mismo Donaire.

De ella puede repetirse lo de

«Mens blanda in corpora blanda».

Porque estoy resuelto a sostener, aunque opine de distinta manera cualquier profundo psicólogo, que esa paloma tiene alma, alma suave, transparente, blanquísima.

———

Pase Ud. adelante, le dije; Ud. se halla como en nido propio. Afectó no comprender. Achacándolo yo a timidez, nunca a intención descortés, la tomé de manos de la niña que me la traía, y la aprisioné entre las dos mías, enfrentándomele cariñosamente.

Ella intentó desembarazar las alas, como encogiendo los hombros y enterrándome las uñitas con una impaciencia que me desairaba.

—Absolutamente, le dije; se trata de referirme muchas cosas: ¿cómo están por allá? ¿es cierto que te querían mucho? Vamos ¿de qué platicaron, tú y ella, la última vez? Me permitirás que te trate de tú.........

Silencio absoluto.

Confieso que perdí un tanto la calma.

—Preciso es que comprendas, le dije entre insinuante y reprensivo, que comprendas que soy tu señor y dueño: tu señor, por cuanto que debes obedecerme como a los a quienes debemos respeto incircunscrito; condescendencia ilimitada. Tu dueño, por cuanto que puedo disponer sin responsabilidad de ninguna especie, tanto de tu vida como de tu hacienda.

La paloma se irguió.

Comprendí que es una petenera del siglo XIX. Todo el sarcasmo del 93, la filosofía de la Enciclopedia y la cólera de Valmy estaban dominando las convulsiones de su cuerpecito.

Comprendí que me había excedido. Ella paseó una mirada por todo mi cuarto, desde mi mesa. Torció el cuello, miró hacia arriba como contemplando el mapa grotesco que las goteras han dibujado en el cielo de mi habitación, y luego me dijo; es decir, me significó, me dió a entender que pensaba:

—Ah!: esto es una Bastilla.

Realmente, me había excedido.

Después de la revolución de Mayo, salir con aquella amenaza, era para mí afrentoso. Procuré remediar.

—Vamos, respondí; soy más buen amigo de lo que piensas: profeso los principios de los parlamentaristas.

Esto ya era otra cosa; pero ella no se dió por contenta todavía.

———

Yo estaba desesperado. Verse uno despreciado por una paloma es una desgracia.

De pronto alargó el piquito: quería besar.

—¡Oh, con mil amores!...............

———

Después la solté. Fuese andando con encantador balanceo. Fuése por debajo de la mesa, por los rincones: hacía acto posesivo de mi cuarto, amplio como una caja de fósforos; pisó con desdén las cubiertas de cartas, medio rotas y esparcidas por el suelo.........

———

Sentí vivos deseos de tenerla en mis manos otra vez; de tocarle el pechito; de pasar las mejillas por el plumajito de su cabeza de artista......Quísela asir. La paloma rehusó.

—¡Cómo!, la apostrofé. Si ya somos amigos! Ya reconociste la habitación: has visto los muebles; no ofenderán por cierto la modestia de tu pobreza: eres mía. Yo te permitiré que interrumpas mi lectura con algún hervoroso arrullo que me haga estremecer como de amor. Arroz, tengo: el suficiente para alimentar a diez palomas por golosas que sean; no digo a tí, que aunque robusta y donosa, pareces tan espiritual que tratarías de glotón a un canario. Por tanto, déjate coger.

E incontinenti fuí tras ella.

¿Quién atrapa una paloma metiéndose por entre los piés de las sillas, de las mesas, confinándose al rincón ocupado por un cofre? Incliméme, alargué el brazo con gentil fastidio: la paloma saltópor sobre la mano, fuese huyendo, volando, y a la vez corriendo a todo correr.

Recordé que las mujeres corren cuando quieren que las alcancen......según dice don Virgilio Marón.

"Mi Galathea me arroja una manzana; huye, se oculta en el monte; pero haciendo lo posible porque yo vea el lugar de su refugio".

Bien; esto es otra cosa.

Perseguí la paloma: huyó, saltó, se escabulló, ¿por dónde no pasó la fugitiva? Acogióse por fin, a un montón de periódicos: no sé si ella hizo lo posible porque yo viera donde se ocultaba antes de ocultarse.

—Estás perdida, exclamé; te arruinaste, paloma; más te valiera haberte quedado en tus montañas del Petén, compa-

triota de Diéguez. No había remedio: esta vez cayó en mi poder. Los ojuelos denotaban la intención de su picardía.

—Ahora te castigaré, infeliz. Complaceréme en someterte a las más duras pruebas.

Púsela en mi mesa; púsela un espejo delante.

—Muérete de celos: tengo otra paloma detrás de esa ventana ovalada de marco dorado. Cautiva está como tú misma: su destino es imitar o remedar a toda paloma que le ponga delante. Infeliz de tí; serás víctima de su mímica. Mira, hasta las plumas, hasta el collar negro son en ella semejantes a los tuyos.

La paloma estaba consternada. Realmente, la semejanza, en su concepto era exactísima.

—Te abrumaré, añadí. Y coloqué otro espejo frente al primero, dejando a la desgraciada entre ambas caras. Lo que sucedió fué formidable. Las palomas se multiplicaron. Una inmensa fila de palomas se prolongaba en uno y otro sentido, idénticas en la forma. Los movimientos de todas ellas darían idea del ejército más bien disciplinado. Al mirar tantas iguales suyas, no teniendo tiempo para pensar que aquello fuese una broma, pesada por cierto, tomó el partido de quedarse aterrada ante aquellos fantasmas.

Se había olvidado de su viaje, (había, en aquel día, hecho el itinerario de Santa Tecla a San Salvador), se había olvidado de su nuevo dueño; la ocasión no era para menos.

Queriendo, sin duda, hacer alguna atrevida consulta respecto a su situación, al espectro de paloma próximo, alargóle el pico; la otra hizo lo mismo; empero un obstáculo impidió que ambos piquitos se juntaran. Al mismo tiempo las cincuenta palomas de un lado y las cincuenta del otro lado, imitaron el *movimiento* de besarse, y la paloma quedó asombrada, presa de lo sobrenatural de aquel suceso. De súbito retiré los espejos. Ella respiró.

—Ya ves, la dije, ya ves que puedo aterrarte.

Libre de todo aquel espanto, no pudo menos que mani-

festar su admiración hacia mí, y luego se entregó, conmigo, a las más desenfrenadas caricias, sin ruborizarse siquiera.

Me apercibí entonces de que la paloma, en la cabecita y el cuello, estaba perfumada, sea porque se había hecho un tocado como para ir a baile, sea que las manos de su anterior dueño la hubieran trasmitido con su tacto aquel delicado aroma que me pareció remiscencia de otras no menos afectuosas caricias...
....

Amiga mía, el obsequio de Ud. me puso muy contento: no habría quedado satisfecho si en este artículo no me hubiera desatado en improperios contra esa palomita que quiero tanto.

SENCIO

Sencio es del partido de Delgado y está enamorado de la hija del millonario Castriciones que es imperialista. Se abre la escena al són de las fanfarrias militares que en la plaza real acogen la entrada de las tropas de Arce, victoriosas sobre los sitiadores. La plaza sitiada carece de víveres, cuando se presenta con una partida numerosa de ganado, robado en las haciendas de los imperialistas, el famoso *Bambita*, que se declara del partido republicano. El bandido es un gran tocador de vihuela y el joven Sencio aprovecha estos conocimientos para dar una serenata a la bella Felícitas de Castriciones, cuyo corazón será el índice de la victoria para uno u otro bando, ya que su padre don Isidoro, la destina a ser esposa de La Gasca, el oficial protegido por uno de los cuatro Grandes del Imperio, que tiene sitiado entonces a San Salvador, el soldado de fortuna general Filísola. La serenata hace llegarse a la ventana a Felícitas, pero indigna a don Isidoro, en cuyo socorro llegan todos los imperialistas, mientras Sencio se ve rodeado y defendido por la soldadesca victoriosa. Hay riña, vocerío, combate......No fuese

que Delgado salva la casa de Castriciones de los hachones y a los imperialistas de los puñales, el motín habría costado la vida de la joven, presa de sentimientos los más encontrados: su amor a Sencio, el respeto a su padre, su abolengo realista, el espanto del motín promovido por su causa. Telón

Síguese la *noche terrible:* el ejército republicano se retira a Granada a continuar la lucha contra el Imperio, y Filísola, vengativo, en desquite de la resistencia de la Capital, la entrega por una noche al saqueo: en medio de tal horror, Sencio, que había dado cita a su novia, y *Bambita,* con su vihuela, van a repetir la serenata: es un suicidio, pues ambos están dispuestos a morir a manos de los imperialistas, y el amante, una vez perdido San Salvador, sólo quiere ver por última vez a Felícitas y sucumbir con la espada en la mano.

El tumulto de la noche anterior se repite y el mismo prócer Delgado que ha rehusado dejar a San Salvador y que llega a poner paz, habría corrido grave peligro, si el hidalgo español, que es don Isidoro de Castriciones, recordando que fué salvado por él la noche anterior, no pagase la deuda, pidiendo caballerosamente que sus enemigos sean puestos en salvo, a pesar de la saña de La Gasca: Filísola que llega a tiempo, lo atiende, pues hay que tener presente que don Isidoro va a liquidar las fuerzas imperialistas. De nuevo, en este combate y de los horrores de la noche terrible, algo queda lamentablemente herido en la casa de Castriciones: el corazón de Felícitas que cae enferma de muerte. Telón.

Háse concedido al prócer Delgado que se retire a su hacienda en los alrededores de la capital; pero andan allí partidas de soldadesca imperialista y don Isidoro, admirador del apóstol que fue tan querido de sus mismos enemigos, va a salvarle so pretexto de llevar a tomar los aires del campo a Felícitas, y mientras los dos entablaban una discusión política muy acalorada, Sencio, que se oculta en la hacienda, sale al encuentro de Felícitas en el jardín: la joven se reanima, su corazón funciona bien y milagrosamente se siente salvada. Un tercero inesperado llega a intervenir en la dis-

cusión de los políticos: es el General Vicente Filísola que anda reconociendo la topografía del país. La discusión se prolonga y se acalora: el Imperio, dice Filísola, con la caída de San Salvador, única plaza que ha resistido tres años, es ya inconmovible.

Delgado en ese momento clava la vista en la falda del volcán, donde se han encendido tres fogatas.

Igual signo se hace a esas horas en las alturas del Izalco, del Pacaya, de los más altos picos de la cordillera hasta el Popocatepetl: los republicanos tienen este gran signo convenido para la gran noticia, es un telegrama de Bravo: el Imperio ha caído.

Sobre si es verdad o mentira la noticia, La Gasca, que ha visto llegar a Felícitas del brazo de Sencio, remite, dice, la suerte del Imperio a las armas, nueva especie de juicio de Dios, y él y Sencio se lanzan como el rayo uno en contra del otro: La Gasca cae herido y expira como fulminado. Felícitas se cuelga al brazo de Sencio y Filísola dirige estas palabras al prócer:

—Me habéis vencido: soy vuestro discípulo y salgo al instante para Guatemala a convocar el Congreso de vuestra República. Allá os espero.

EL ENCOMENDERO

I

LA PROMESA

En 15** Juan Pérez de Sardoal, rico encomendero del partido de San Salvador, se había casado con Doña Sol de Melara y Ceballos, «bajo promesa de ser Conde».

II

EL VALLE DE LAS HAMACAS

Ciertamente, aunque al aspecto de San Salvador haya cambiado y con seguridad muchos o todos los accidentes de la vegetación de sus alrededores, el vastísimo paisaje, que

ofrecía el *Valle de las Hamacas* al viajero que, desde una de las vueltas en las alturas del camino de San Marcos, avistase la llanura, o sea el fondo verde de la hondonada que forman los bosques y arboledas, era en el año de 15** el mismo que hoy se ofrecería a la vista de quienquiera que se tome la molestia de ir a contemplar este magnífico espectáculo. (1)

Entonces como hoy, entre el cerro de San Jacinto, que es un agrupamiento de colinas y el volcán de San Salvador, se hallaría el abismo de aire y de luz, cuyo fondo es el suelo del valle, sembrado de cerros y aun volcanes, de diversas alturas, elevándose unos pequeños frente a frente de otros que son mayores: el de Mejicanos ante el de Milingo; aquí el volcán de Apopa, allá el volcán de Nejapa.

Las llanuras, como lagos verdes, se extienden delante y detrás de estos grupos de pirámides. La vista hacia el Norte puede ver cómo quiebra por mil partes el inmenso suelo del valle, se riza y se arruga ásperamente, sube en olas por diversos rumbos; olas monstruosas que aquí y allá se agrupan y como en un mar fantástico y ciclópeo, se petrifican escalonándose inmóviles, y formando por fin los centenares de cimas que se vuelven al cielo o llegan a fundirse en el azur, que parece vibrar con un vago estremecimiento ya en las lejanías de Honduras.

Una de estas colinas elevadas del San Jacinto, la del Sureste, la que se avecina a San Marcos, era el asiento del castillo de Sardoal, altura la del castillo y paisaje el del *Valle de las Hamacas* como para alimentar los sueños de grandeza y también la soberbia del conquistador, que desde allí veía la recién fundada villa y los pueblos del valle como el pastor desde una roca ve su rebaño que se ha esparcido por los campos.

Sardoal era el Alcalde Mayor (pues El Salvador no era todavía una Intendencia) título que había comprado al Rey.

(1) Tomamos la siguiente cita a Brasseur de Bourbourg:

"........La llanura en que está situada, (la ciudad de San Salvador) así como los voluptuosos valles de Pentápolis en los tiempos antiguos, presenta a la vista seducciones de toda suerte; la naturaleza es allí pródiga de sus dones".

III

LAS ENCOMIENDAS

Este día, que es uno de los primeros de agosto, espera Sardoal su título de Conde, y están reunidas en la explanada del castillo todas sus encomiendas: las indiadas enfurecidas, tanto tiempo aherrojadas, encadenadas, dejan oir su murmullo gutural, y sus imprecaciones lanzadas en su idioma pipil; los mayordomos recogen de esta o de aquella pueblada brazadas de flechas de los indios que se fingen inadvertidos y que llegan armados en su encomienda, dejándoles sus armas a los caciques, por un resto de cortesía y porque su mediación y su autoridad ayudan más con frecuencia para el manejo de las encomiendas que el rigor de los administradores. Hay grupos que a veces son los habitantes de una población entera, que ya sumisos y silenciosos, dejan muy poco qué hacer para su gobierno. A la sombra de los muros del castillo están los infinitos empleados que gobiernan las encomiendas, los escuderos a caballo, armados como para un combate; los calpixques y los médicos, los alahuaes de encomienda, los calpullis de descuajes, vestidos de pieles y no menos armados, pues a las veces son grandes cazadores; los capataces de minas, los inspectores de las filas, los que guían los cargadores, los proveedores de maíz, sal, plátanos, carnes, pescado, chiles, ojo de gallo y aguardiente, y por fin, también entre los que mandan la encomienda, los esclavos negros. Mujeres vivanderas siguen estos ejércitos de la servidumbre.

Aun dentro de las mismas encomiendas ha dejado este astucioso conquistador, como para conformarse a cierto orden, las jerarquías y las autoridades que recuerden el hábito de obediencia a la indiada.

Entre las muchedumbres míranse aún los birretes de oro en que se levanta la insignia multicolor de los pompones o plumeros de los ex-príncipes, generales y caciques o jefes, rodeados de sus familias, todos como una prenda de sumisión y obediencia en el trabajo de los mismos pueblos que en un tiempo gobernaron. Así se verían las tribus de Israel en Babilonia.

Muchas veces la prisión de un príncipe de la familia de Atlacatl obligaba a todo un pueblo a deponer las armas de una rebelión cautelosamente fraguada.

Hay entre ellos quienes sólo llevan un aro de oro que les ciñe la frente, y ante éstos como ante los príncipes esclavizados, las encomiendas se inclinan, se postran o se sorprenden y admiran dolorosamente: estos del arco son pontífices. Extrañas y confusas insignias distinguen a los sacerdotes.

La piedad de Juan Pérez había transigido con sus dotes de gran político: mucha parte de la disciplina y sumisión de las encomiendas se debía a esta tolerancia del castellano. Las colas de quetzal, ondeando en medio de las muchedumbres, arrancadas de cuajo a su pueblo natal, mantenían la ilusión de que eran los caciques quienes guiaban estos éxodos; y aun en medio de los trabajos más rudos e inhumanos, el rumor, que llegaba de las lejanías, de los chinchines, marimbas, chirimías, tímpanos, parches y maderos, de los bailes y juegos religiosos, al rededor de los príncipes y sacerdotes, hacía creer a los pipiles que continuaban con su vieja monarquía.

Unos han pasado largos meses en la selva en el descuaje, otros en las minas. Separados los súbditos de sus príncipes, los hijos de sus padres, las mujeres de sus maridos, después de los trabajos y penalidades de una verdadera esclavitud, su encuentro en las explanadas, a la vera de las altas empalizadas que rodean al castillo, ha sido ocasión de escenas dolorosas: reprimidos furores, gritos de dolor, amenazas, juramentos y llanto.

—¡Qué vocerío!, ¡qué extraño rumor!—dijo Doña Sol, que ocultaba con exclamaciones de temor su inquebrantable orgullo femenino o su ambición de linajuda.

Sardoal, que aspira a sobrepujar su porte de segundón, respondió asido al puño de su espada:

—Así voceaban los siervos de la gleba bajo las almenas del solar de los Sardoal y Pogi-Martino en Extremadura.

Esto lo dijo para tomar realce, él propio, a pesar de sus riquezas, a los ojos de su esposa, que aunque pobre e

hija de hidalgo, de una belleza y porte peregrinos, tenía en sus venas del azul más puro, una gota de sangre de reyes. Y esta consideración hacía palidecer todo el brillo de la inmensa fortuna del segundón de Pogi-Martino.

IV

LA ESTRELLA DE LA MAÑANA

Cuando este hidalgo tenía casi todas las encomiendas del gran partido que se llamó de San Salvador, sus aspiraciones no se allanaron a sólo ser su más acaudalado terrateniente.

De estas encomiendas las de Aculhuaca, Paleca, Soyapango, Ilopango y San Martín «le eran debidas por derecho»; y de su amigo y compañero de armas, el difunto Juan Alonso, *el viejo*, capitán de la conquista, había heredado las encomiendas de Mixchaca, de San Marcos, los Ramos, y la que se extendía a los pies del castillo, que en español empezaron a llamar Bella Vista, (el antiguo Pamaxtán) donde hacía pocos años se alzaba el templo del dios del valle.

Colocado en esta altura que domina las vegas en que arrastra su pobre caudal el Acelhuate, el templo mostraba, por una enorme puerta trapezoidal, llena de esculturas en que la vegetación se mezclaba por modo simbólico, el gran monolito cubierto de leyendas, que ostentaba en alto relieve una diosa que abría los ojos a los torrentes de luz y a los vientos embalsamados que vuelan por el luminoso valle como dentro de inmenso anfiteatro.

Esta escultura era una faz con máscara de pájaro; la adornaba un collar de gotas de rocío, y representaba la Estrella de la Mañana, el Quetzalcoatl, que era la deidad protectora del valle.

El templo había sido demolido. Los grandes bloques esculpidos en que estaban historiados los sucesos del país, desde los tiempos de los reyes mayas de Payaquí y de la cautelosa inmigración de los pipiles, formaban la mayor parte de los corrales del castillo.

El cuerpo de este edificio se alzaba sobre la antiquísima plataforma del templo.

Parte de las paredes había sido aprovechada, hay que confesar que con acierto, pues un lienzo de muro en que se abrían tres grandes troneras o respiraderos aztecas de ornamentación de yerba y cabezas de ocelote, estaba rematado o sobrecargado por anchos ventanales moriscos, bordados de arabescos y de mosaicos que decían bien al lado de los trapecios y de los símbolos mayas, y en los cuales se habían empleado piedras de colores del templo.

Este lienzo de pared conservado correspondía al oratorio de las vestales de la Estrella de la Mañana y era hoy el dormitorio todo él de paredes, techo y pavimento de piedras de colores, de Doña Sol.

Los conquistadores sabían que los templos de los dioses del país no habían sido manchados jamás por la sangre de sacrificios humanos y cuando lo quiso establecer el rey Cuaumichín infame, fué derribado por el pastor Tutecotzimit, que sólo por este hecho fue padre, o fundador de una dinastía.

Los templos por tanto no inspiraban horror.

El monolito de la Estrella de la Mañana era hoy día un poste o amarradero del corral.

Hay que añadir las encomiendas de Mixtán, San Cristóbal, Extli-Popol, la Torrecilla y Belén.

Indios innumerables habían perecido en las empresas del terrible encomendero; pero el núcleo de algunos de estos pueblos permanecía intacto; y después del suceso que vamos a referir pudieron volver a la tribu o lugar de su origen y con el tiempo vinieron a ser pueblos con municipio.

Sólo algunos de esos pueblos ya el día de aquella tarde habían perecido en los arduos trabajos que el encomendero por doquiera había emprendido.

El vocerío sordo y reprimido que se alzaba hasta las salas del castillo hubiera puesto el espanto en otro corazón que no fuese el de Juan Pérez.

Mas ¿qué espanto podía asaltarle?

El venir las encomiendas, con sus jefes y príncipes, obligados, los que habían dado lugar, a vestir las insignias de su antigua realeza, algunos de los cuales habían sido tan ricos como él, era un acto de arrogancia y poder.

V

VAN-DYCK O GUANDIQUE

El Alférez, más español que flamenco, como podría juzgarse por su apellido, Don Antonio de Van-Dyck, o Uan-Dique, como se escribía, o en fin Guandique, como se pronunciaba en la Colonia de Usulutlán o Usulután — donde adquirió, a raíz de la conquista, para sí y los suyos, la inmensa isla que atraviesa un buen río, dos circunstancias, por las cuales, el tener un río y ser suya, se llamó la isla de Guadiaguandique, nombre con que hasta hoy día se le conoce,—era amigo de Juan Pérez de Sardoal, el segundón de Pogi-Martino.

Había partido hacía dos años para la Corte, y aprovechando la coyuntura, el encomendero y el Cabildo le habían confiado unas diligencias «y unos muy grandes presentes para el Emperador».

En las cuales diligencias se manifestaba por el Ayuntamiento y por los conventos de domínicos y franciscanos, que Don Juan Pérez de Sardoal, segundón de Pogi-Martino, había provisto los conventos y dádoles tierras; edificado la grande ermita del viejo barrio de la Vega, el primero que hubo en la villa; y consagrado el recuerdo de la prosperidad de su casa, en tres retablos de plata maciza en las iglesias de los dichos conventos y en las Mercedes; que había debelado tres insurrecciones del partido, acaecidas cuando se tuvo noticia del viaje del Adelantado señor don Pedro de Alvarado a la Corte; que le eran afectos los principales de la ciudad, por haber dotado quince doncellas con *seiscientos ducados* «para que se casasen con españoles o con ladinos de buen parecer», según rezaba del documento de la donación y eran palabras del mismo Juan Pérez; que, finalmente, poseía veinteséis mil indios de encomiendas que eran de las tribus, o caseríos y pueblos que se expresaban; que por tanto, por ser señor de tantas tierras e homes, le otorgase Su Muy Graciosa y Católica Majestad el título de Conde de San Salva-

dor, ya que a todas las tierras de esta parte de las Indias de Occidente designaba S. M. de fecha reciente con el título de Reyno de Goathimala.

Ahora bien, el Alférez Antonio de Van-Dyck o Guandique, como se pronunciaba, estaba de vuelta de España, viniendo por México.

VI

EL REY OFRECE EL CONDADO

Recién llegado a la Corte, escribió que Su Majestad Real e Imperial había agradecido el obsequio de dos redomas de bálsamo; de un quintal de chocolate «que ya de enantes había aprendido a catar S. M., y certificaba ser el de este partido de San Salvador, de tan buen sabor como el de Soconusco»; de una caja de plátanos-pasa; «de un gran frasco de cristal conteniendo una legumbre o fruta en aceite, cuyo nombre es AGUACATE, y cuya exportación recomendaba el Emperador, que hablaba extremos de esta dicha fruta o legumbre»; de dos loros verdes; y «de *cuatrocientos mil ducados*»; e incluía un pliego de apuntes sellado y firmado por el Mayordomo Real, a los cuales corresponden las expresiones que hemos singularizado.

Incluía, además, una nota del Secretario de S. M. a Van-Dyck «como interesado», en que le hacía saber «que S. M. otorgaría y crearía tan luego como diligenciase la solicitud el Consejo que había a su cargo el Libro de la Nobleza y el de Indias, el nuevo título de Conde de San Salvador, que para un su prohombre solicitaba la nueva villa y en el partido de este nombre, en las Indias Occidentales».

En fin, él, Van-Dyck traería los pliegos de S. M. como dejase la Corte y regresara a San Salvador, viniendo por México.

Poco después conmovió las jóvenes ciudades de toda la América Española, la noticia que el padre Fray Bartolomé de Las Casas era atendido y honrado por el Emperador ante quien había perorado y discutido con sus contradictores y Van-Dyck había hecho su regreso al Nuevo Mundo en la misma carabela que trajera al padre Las Casas a Chiapas.

De Ciudad Real, en Chiapas, Van-Dyck anunciaba lacónicamente su arribo a San Salvador para la fiesta del Pendón o del seis de agosto en que se fundó la villa.

Este laconismo equivalía para Sardoal a referirse a lo escrito en cartas anteriores.

—No dice más, dijo Doña Sol.

—Ni debe decir, añadió Pérez, porque ya está dicho.

La dilación era larga, pues iban sobre tres años desde la partida de Sardoal, de San Salvador; pero en aquel tiempo todos los asuntos pedían aplazamientos de tan gran duración, y lo cierto es que Van-Dyck había hecho al partir, su testamento, en que disponía, para en caso de muerte natural, o en naufragio, o en cautiverio en tierra de moros infieles, o a manos de piratas, de los derechos que con su familia tenía en la isla de Guadiaguandique.

La declaración del Condado, a que ascendería la cabecera del partido, cuyas tierras poseía Juan Pérez, había ocasionado la reunión de las encomiendas, aun aquellas que trabajaban en minas lejanas. A una corona condal no le vendría mal, aunque de conversos sospechosos, un cortejo de diademas principescas y de halos de oro pontificales, que como hemos dicho se conservaban para mantener la disciplina y la obediencia, como insignias, a cuya veneración estaban acostumbrados, y por ser tantos y de mucha valentía, los pueblos que formaban las encomiendas del de Sardoal.

El nuevo Conde se mostraría a sus vasallos con la Condesa. Que allá en Guatemala se pasasen las cosas nadie sabía cómo, por la distancia, a él no le importaba nada; «mas lo que es en el Cuzcatlán», eran las palabras de Juan Pérez, «él haría de sus tierras un pedazo de España, y la nobleza y el feudo tomarían cuerpo como en sus mejores tiempos».

Así era en efecto, pues el castillo ostentaba una gran magnificencia. En sus patios se alzaba un teatro y en la servidumbre se contaba una compañía de cómicos. Fuera de los arquitectos venidos de España, cobraban en las planillas del castillo, varios maestros mosaístas, tres muy buenos pintores que pintaban para la castellana, y ella obsequiaba a templos y conventos con una largueza que era en verdad señorial.

La belleza arquitectónica y suntuosidad del castillo, los bosques y las explanadas artificiales, las avenidas y jardines, las fuentes y las balaustras, pobladas de estatuas mitológicas, el garbo y puntualidad de la servidumbre, las damas, doncellas y pajes; todo lo que se había traído de España en tiempo, en verdad, breve, y a fuerza de grandísimas sumas de dinero, en lienzos, obras de arte, muebles, chucherías y alhajas, y algunas gentes del servicio, avezadas a los usos de la Corte, todo en el fondo, era preparado para recibir...... ¡un pedazo de pergamino!

Mientras no llegase, siempre encontraría el soberbio Sardoal, en medio de muchas exterioridades de cariño, un leve, un imperceptible pliegue de desdén, en la sonrisa fascinadora y delicada de Doña Sol.

VII

LA FIESTA DEL SALVADOR EN 15**

La fiesta del Pendón Real, sacado en procesión por las calles de la nueva ciudad, tuvo de importante este año, el desfile de las encomiendas de Juan Pérez.

El terrible encomendero cerraba la fila de los hombres y cabalgó en su caballo negro, armado de todas armas, despidiendo un sólo brillo ambos caballo y caballero, que parecían de una sola pieza. Así custodió en el desfile la espada de don Pedro de Alvarado, que se guardaba en la ermita del pueblo de Mejicanos y que se paseaba todos los años en San Salvador con el Pendón Real, el seis de Agosto (1); honores acordados probablemente después que se había recibido la noticia de la muerte del Adelantado, ocurrida en México.

Doña Sol, vestida de brocatel, en una litera pintada, toda cubierta de revoloteos de Cupidos, y llevada en hombros de esclavos negros, cerraba por su parte el desfile de las mujeres y le hacían séquito las quince doncellas principales, protegidas y dotadas por su casa.

(1) Histórico.

Pero lo que había impuesto, sobre todo, a la opinión de los nobles que todavía rehusaban sus simpatías al nuevo Condado y al nuevo Conde, y a las hijas de hidalgos que se mortificaban con que la hija de otro hidalgo llegara por fin a Condesa, fué el desfile de las encomiendas, reunidas en la Garita y traídas juntas de allí a la villa, y después al castillo.

La Ciudad estaba en fin persuadida; esperaba el título de Condado con igual orgullo y fiereza que Juan Pérez el de Conde. La multitud de la nueva ciudad se dirigió aquella tarde a la explanada del castillo, apenas terminado el desfile y la procesión religiosa, con las encomiendas, en las cuales los de la villa examinaban usos, vestidos, idiomas, arcos, insignias, plumas y diademas, las figuras de mujeres de extraña belleza como eran las hijas y parientes de reyes, y el decoro de las insignias de los príncipes y princesas.

Así se mostraba Juan Pérez tirano y gran señor.

VIII

LAS CÉDULAS REALES

La llegada de Van-Dyck al castillo se anunció en las últimas horas de la tarde, con el desfile de los frailes y del Ayuntamiento, los alguaciles, partesanas y encomenderos y un pelotón de caballería de armaduras de acero, que era orgullo de la villa desde la última rebelión.

Todo esto pareció a Juan Pérez una adhesión más del futuro Condado; pues Van-Dyck no traía otro nombramiento alguno, que se supiese, para poner así en movimiento la autoridad religiosa y la civil, fuera del de Alférez Real.

Cuando apareció entre la multitud, los indios que suponían que el título de Conde equivalía al de Rey, que por allí entendieron que sus cadenas se remachaban para siempre, volvieron las espaldas al camino y dirigiéndose al poste del corral que lo era el monolito de la Estrella de la Mañana, rompieron a llorar y entonaron un himno en que se repetía una palabra con renovados llantos por varias veces.

El fiero Sardoal iba a mandar a imponerles silencio por medio de los capataces de minas, pero atento a su título y

a la cortesanía, volvióse al emisario que llegaba a las graderías de la explanada central del castillo.

Entonces Sardoal advirtió algo que le sorprendió.

El Alférez se había hecho fraile, y con sorpresa de Sardoal, dirigió a las encomiendas algunas palabras de su propio idioma.

Los jefes indios de las encomiendas se volvieron a él estupefactos.

—¡Cómo!—exclamó riendo don Juan Pérez de Sardoal—señor Alférez Antonio de Van-Dyck, no sólo me hallo que os habéis metido fraile pero también habéis aprendido las lenguas de estos infieles; que para mí ha sido un imposible...... Pero echadme los brazos......y presentaros hé a mi señora la Condesa......

—Poco habéis cambiado en vuestras aficionos del mundo, señor don Juan. Verdad es que en este *Valle de las Hamacas* o sea San Salvador, poco se ve y el buen ánimo se edifica de tarde en tarde......¡tan lejos está del mundo!...... Yo, señor don Juan, vengo de ver metido fraile como yo, a aquella sacra cesárea Majestad del Emperador Carlos Quinto.......Por lo que hace a la lengua de los indios la aprendí en una larga y accidentada navegación de seis meses con el padre Las Casas......

—Noticia me dáis que es muy para conturbarme...... de haberse metido fraile el Emperador.

—Pues de ello hace largos diez meses.

—Extraño exceso de religión, a fe mía; mas me consuela, señor y amigo, la esperanza de que don Felipe, su hijo, levantará las casas españolas que abatió el Emperador......Bien sabéis lo que fueron hace no más de cien años......y lo que nosotros hemos visto es una sombra de su antiguo poderío y esplendor.

—Don Felipe, como su padre, no fué nunca en su política con los grandes de España sino un alumno del gran Cisneros: los grandes señores de España no volverán a levantar cabeza.

—Tal creéis...
.........Mas veamos el título, dijo el encomendero, tomando

unos pliegos de las manos del religioso, y ya que sois letrado y habláis el idioma de estos indios, hacedles ver cuáles son mis nuevas prerrogativas, y a todos, los de la villa y los del castillo, el estilo y el tratamiento y otras usanzas en que se distingue la nobleza de la hidalguía y de la gente llana......¡Ea!......¡sonad las bocinas y haced que se lleguen cerca las encomiendas!

Se oyó el estruendo de las trompetas y la muchedumbre empezó a moverse pesadamente para aproximarse, como somnolienta, entre el asombro y el temor.

De pronto Juan Pérez dió una gran voz.

—Mas ¿qué me habéis dado aquí?....... ¿Qué es esto? ¿Qué rubor me hacéis pasar? ¿Qué ordenanzas puede haber para los señores de América, que hemos combatido, día y noche, y tantos años, por el rey, y qué favor y privilegios del rey para los indios, sus enemigos, mal sujetos y vasallos recientes? ¿Qué cédulas me dais aquí, por Santiago Apóstol? ¡Tomadlas que me queman las manos!......

—Reportaos, que os hablo a nombre del Protector General de los indios......dijo Van-Dyck tomando las cédulas reales. Me envía como su ejecutor el padre Las Casas, y esas cédulas del rey os previenen la libertad de los indios de vuestras encomiendas......

—Así os entiendo como si dijérais la misa......¿Pues no escribísteis de España que el rey me otorgaba el título de Conde bajo el nombre de este partido de San Salvador? ¿Quién ha deshecho esto del rey?

—El padre Las Casas.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que todos estos indios son libres y os repito que soy el ejecutor de las cédulas del Rey en representación del Protector General de los indios, Fray Bartolomé de Las Casas......Tocante a vuestro título, no los habrá en América con tierras y con siervos, porque a tal distancia y estando de por medio la mar Atlántica, sería un poder irreducible y sin medida el de un señor feudal......Esto piensa el Rey......Esto pensaba el gran Cisneros......Esto ha aprovechado como tan gran político el Apóstol Las Ca-

sas, mi señor y maestro desde hace poco tiempo y para toda la vida, que ha matado el despotismo feudal en ciernes en estas Indias Occidentales al tiempo que con su pluma ha destruido esta nueva servidumbre de las encomiendas en las tierras de España.

—Mirad vos cómo ha de ser, señor Alférez, o digo, señor Fraile, porque estas leyes u ordenanzas de Indias, vienen a echar abajo toda la máquina de estos pueblos, el rango y jerarquías de los conquistadores y los indios, la firmeza de la religión que muchos aún profesan por la fuerza, el estado y la hacienda de muchas familias que viven de rentas que los padres y hermanos tienen como empleados de las encomiendas, la sujeción de estas comarcas, que están mal sujetas y que son valerosas y levantiscas. Bien recordará vuesa paternidad la herida y derrota del señor don Pedro de Alvarado en esta comarca.

Después bajando la voz en tono familiar y a la vez dejando de manifiesto todas sus dotes y talentos de Capitán, dijo:

—Y luego, señor Ejecutor de estas ordenanzas de Indias, tan letrado como sois, no olvidaréis que el poder del Rey nuestro señor, finca y en todo se reposa en el poder de algunas familias de Capitanes que, como Juan Pérez de Sardoal, han sabido sujetar las fieras indiadas, mantener la religión, emprender el trabajo, concertar muchos intereses y dalles cuerpo a estas ciudades, donde todo lo mejor para el rey son las casas españolas y todo lo peor el recuerdo de los caciques de su poderío y riquezas, y en estos indios occidentales el de sus dioses, sus señores y sus costumbres. ¿Creéis, señor, que esta fábrica de este castillo fuera posible sin el señor que mantiene los arquitectos? ¿Esas pinturas y esculturas y ese teatro de este castillo, pudieran ser sin el señor que alienta y alimenta a los pintores, a los escultores y a los cómicos? ¡Pues qué! De otro modo, podremos los hijos de las casas nobles de España, ser otra cosa que miserables desterrados, cerdos que se engorden con pepitas de oro, y que pierdan su educación y su modo de ser cortesano y gentil, que ha sido la estampa en que se han mirado y que remedan todas las Cortes de Europa? Las indiadas y los

príncipes idólatras, los soldados aventureros sin letras, ¿podrán hacer de las colonias y posesiones de España una imagen de España? ¿Qué es esto del Rey con los señores y dueños de las tierras de la América?......Decidme, en una palabra, ¿suspendéis esas ordenanzas?

Y respondióle Van-Dyck:

—¡No, por Santiago Apóstol! ¡Y por Dios y sus Santos no las suspenderé!

IX

OS MAGNA SONATURUM

Entonces Van-Dyck, volviéndose a las muchedumbres de las encomiendas, y hablándoles en pipil, díjoles más o menos:

—Sabed que el Rey nuestro señor, por estas leyes que véis en mis manos, os liberta del poder de los señores encomenderos: alabad por esta libertad a Dios y a nuestro señor Jesucristo y a su Santa Madre primero, y después a mi señor Fray Bartolomé de Las Casas, que inspirado por Dios, mientras vosotros gemíais en los bosques y en las minas, en trabajo desmedido, y perecíais a la inclemencia del Sol, y a la fuerza letal de los miasmas de los pantanos y los derrumbes de las minas, él ha permanecido sin que lo sepáis, sin esperar nada de vosotros, a los pies del trono del Emperador, puede decirse, largos veinte años, hasta conseguir que seáis hombres libres como los conquistadores que hasta aquí fueron vuestros amos.

Las encomiendas que al oir el nombre de Dios, de Jesús y María, habían doblado la rodilla, con muestras de ceder a un hábito que un principio fué una enseñanza e imposición de la fuerza y del látigo de los capataces, manifestaron un asombro que puso en la faz de los siervos el relámpago de una luz potente e inexplicable.

—Mirad allí la imagen de la Estrella de la Mañana, confundida con los útiles más comunes del trabajo del castillo......No os ha libertado......No ha animado vuestras penalidades......En otro tiempo esa hermosísima Estrella, pre-

cediendo al Sol, vuestro dios antiguo, padre y creador del verdor de los bosques y los cerros, que se alzan dentro de esta inmensa llanura,—sí, en otro tiempo, la Estrella de la Mañana, al despedir a la noche, os convocaba al trabajo...... Este valle carece de ríos y ella os dió ese hilo de agua que se llama Acelhuate......Esta es vuestra tradición. Ya véis que hablo bien de vuestros dioses......Pues bien, así como vuestro Rey de Cuscatlán obedecía al Emperador de Payaqui y el Emperador de Payaqui al Gran Pontífice Maya de Palenque, en otro tiempo, como lo refieren esas esculturas, así la Estrella de la Mañana sólo es una piedra preciosa en la corona de María, a cuyos pies está la luna, y a cuyas espaldas, el sol que está irradiando en aquellas alturas, sólo viene a ser su sombra. No: la Estrella no os ha salvado. Ahora conoced lo que es nuestro Dios. Le ha bastado hablar por la boca de Las Casas y han caído a sus pies invisibles, las cadenas de millones de siervos americanos. Mirad ese castillo soberbio: ved esas filas de mosquetería y esos caballeros: esa selva de partesanas cuyos hierros ha humedecido la sangre de vuestros antepasados: recordad las maderas preciosas, el oro y la plata y los diamantes con que enriquecen al Rey y a los conquistadores vuestras manos esclavas: todo esto se oponía a vuestra libertad. Y sin embargo la palabra de Las Casas os ha libertado. Esa palabra es la palabra de «nuestro Dios»......

Ahora, el padre Las Casas, con vuestros hermanos de la Vera Paz, ha hecho el pacto o alianza más grato para nuestro Dios, habiendo pedido al Rey de España que no los combatiera con las armas, porque él emplearía la palabra divina; los pueblos le han comprendido, como vosotros me comprendéis a mí y se han sometido a nuestro Dios y a nuestro Rey. Vosotros, jurad que acogéis de corazón la religión cuyo Dios os ha libertado y que obedeceréis al Rey de España, y Dios, en cambio os saca de esta servidumbre como en otro tiempo a los Israelitas; y el Rey, que nombrará su Alcalde Mayor, os permite que elijáis tres Regidores para el gobierno de la villa y de vuestros pueblos. Vosotros, que, sois libres desde este momento, nombraréis los re-

gidores que os gobiernen, que en cuanto al Alcalde Mayor, el Rey ha nombrado al señor Juan Pérez de Sardoal.

Los que se volvieron a verle advirtieron que Sardoal había dejado la plataforma y que oía estas últimas palabras desde la galería del balcón morisco.

Un largo silencio sucedió a la voz de Van-Dyk en los grupos de las encomiendas: sometidos a la influencia de una revelación, estaban recogidos en sí mismos. Un leve y confuso murmullo se oyó en que se percibía este nombre:

—«Las Casas»......«Las Casas»......

Siguiéronse aún grandes murmullos. En fin, los jefes los primeros, príncipes, caciques, sacerdotes y guerreros, avanzaron, saliendo de sus diversas filas, agitando así los grupos que cubrían las explanadas y que les daban paso, y uno a uno repitiendo las palabras «Las Casas», «Las Casas», deponían sus aros o diademas de oro y plumas, y sus armas a los pies del catequista. Las graderías se cubrieron de un hacinamiento de trofeos.

Un cacique anciano resumió los sentimientos de aquella muchedumbre de pueblos:

—Tomad de los señores de Cuzcatlán, que en otro tiempo se libertaron venciendo a los del antiguo reino de Payaquí, este oro y estas plumas para el altar del Dios de Las Casas.

No bien pronunciaron estas palabras, y como si se hubiese roto el ensalmo que tenía atados a aquellos millares de hombres a la servidumbre, un grito que pudo acallar al trueno, subió a los cielos y la muchedumbre se agitó como un mar, al moverse por las explanadas, para volver a sus pueblos y a sus hogares; mas enmedio de esta agitación vióse de pronto el techo del castillo coronado por la furia de las llamas, y su Mayordomo gritó con espanto:

—¡Háse incendiado el bálsamo, que habrá para arder toda una semana!

Cuando la gente del servicio quiso acudir, el puente levadizo echado sobre el foso que separaba el castillo de las explanadas, había sido levantado, y Sardoal atravesó la galería de los balcones moriscos a la vista de la muchedumbre.

Pronto salieron a estos balcones grandes remolinos de fuego huracanado: se oía en el interior como el rugido de una tempestad.

El encomendero se dirigió al sitial cuyos blasones resplandecían en el testero de una sala regia. Doña Sol, su esposa, que le había visto hacer tantas cosas maravillosas, arrodillada ante el sitial, le besaba la mano y lloraba.

Así esperaron la muerte, que llegó en el misterio espantoso del humo y de las llamas enfurecidas.

LA LOBA

Es Cacaotique (1) que modernamente se pronuncia y escribe con toda vulgaridad Cacahuatique, un pueblo encaramado en las montañas de El Salvador, fronterizas a Honduras. Por ahí nació el bravo General don Gerardo Barrios, que, siendo Presidente de la República, más tarde, se hizo en Cacahuatique una finca de recreo, con dos manzanas de rosales y otras dos de limares, un cafetal que llegó a dar 900 sacos, y una casa como para recibir a la Presidenta, mujer bella y elegante por extremo. Un vasto patio de mezcla, una trilla y una pila de lavar café; una acequia que charlaba día y noche al lado de la casa, todo construido en la pendiente de una colina, arriba y de modo que se dominaban de allí las planicies, los valles y vericuetos del cafetal cuando se cubría de azahares; la montaña muy cerca en que se veían descender por los caminos, casi perpendiculares, a los leñadores con su haz al hombro; por otro lado, montes; por otro, un trapiche, a tiempos moliendo caña, movido por bueyes que daban la vuelta en torno suyo, a tiempos enfundado en un sudario de bagazo, solitario y silencioso bajo un amate copudo; más allá cerros magníficos, uno de los cuales estaba partido por la mitad; limitando la finca, una hondonada en cuyo abismo se enfurecía un torrente, lanzando ahogados clamores; aire frío, cielo espléndido, y cinco o seis muchachas bonitas en el pueblo: estos son recuerdos de la infancia.

(1) Huerta de cacao.

Mi padre compró la finca a la viuda del Presidente, y dejando a San Miguel vivimos en ella por tres años. Yo tendría entonces unos ocho. Algo más quisiera escribir sobre aquel pueblo, pero no hay tiempo; no dejaré de mencionar, sin embargo, uno de los más soberbios espectáculos que puede verse. Desde la plazoleta del Calvario se ve extenderse un valle de diez o doce leguas de anchura. Por él pasaban otro tiempo, formando selvas de picas, carcaj al hombro, las huestes innumerables de Lempira. En el fondo del valle se ve arrastrarse el Lempa, como un lagarto de plata. El un lado del río, hasta San Salvador, se llamó Tocorrostique; el otro lado, hasta San Miguel, se llamó Chaparrastique. Más allá del valle se extiende el verde plomizo de las selvas de la costa; y más allá como el canto de un disco, la curva azul de acero del Pacífico. Un cielo tempestuoso envuelve con frecuencia en las nieblas de un desecho temporal el gigantesco panorama. Como el valle se extiende hasta el mar, desde el mar vienen aullando los huracanes, por espacio de cincuenta leguas, a azotar los liquidámbares de las montañas de Honduras. Por eso habréis oído decir que alguna vez el viajero que pasa la altura de Tongolón, desde donde se ven los dos océanos, derribado por el viento furioso, rueda por los precipicios horribles.

* * *

Cacahuatique es un pueblo en que se ve palpablemente la transición del aduar indígena al pueblo cristiano. Los techos pajizos se mezclan a los tejados árabes que adoptó sin restricción nuestra arquitectura colonial. Los cazadores usan la escopeta y la flecha. El vocabulario es una mezcla pintoresca de castellano y lenca, y la teogonía mezcla el catolicismo, al panteismo pavoroso de las tribus. Todavía recuerdo el terror infantil con que pasaba viendo al interior de una casucha donde vivía una mujer, de quien se aseguraba que por la noche se *hacía cerdo.*

Esta idea me intrigaba, cuando al anochecer, iba a conciliar el sueño y veía la corniza del cancel de la alcoba;

corniza churrigueresca que remedaba las contorsiones de las culebras que se decía que andaban por ahí en altas horas. Pensaba también en que podía oir los pasos que se aseguraba que solían sonar en la sala vecina y que algunos atribuíaa al difunto Presidente.

* * *

Quitad de este pueblo los tejados árabes, las dos iglesias, los innumerables árboles de mango que se sembraron entre los años 1840 a 1860, importados de la India; quitad las cruces del cementerio, su levita de algodón, bordada de cinta de lana, al alcalde; sus pañolones de seda a las aldeanas descalzas; suprimid los caballos y los bueyes, y ya Cacahuatique es lo que era antes de la conquista, con sus ídolos acurrucados en el templo, cuyos flancos ofrecen un intrincado mosaico donde las florescencias y los animales, se mezclan a la figura humana, como el espíritu humano se mezclaba en la sombría filosofía indígena a los brutos, a los árboles y a la roca.

Como hayáis concebido a este pueblo en su faz primitiva, empiezo mi narración, que es, en el fondo, la que me hizo Damián, un mayordomo.

Kol-ak-chiutl, (mudada de culebra) que en la tribu por abreviación acabaron por pronunciar Kola, era una mujer que se iba enriqueciendo a ojos vistas, debido a que era bruja y además ladrona.

Tenía una hija, Oxil-tla, (flor de pino) de ojos pardos como la piel de una liebre montés. Su pie era pequeño; sus manos, que sólo se habían ensayado en devanar algodón y en tejer lienzos de plumas, puestas al sol dejaban pasar la luz como una hoja tierna. Su pecho era como la onda del río. Para completar su belleza, niña aún, su abuelo materno le había pintado el más lindo pájaro en las mejillas. Kola llevó un día a su hija al campo, y allí le dijo un secreto. Tres días después Kola había ido con ella al peñol de Arambala, donde moraba Oxtal, (Cascabel) señor de Arambala, con diez mil flecheros que defendían el peñol; pues el príncipe se había apoderado de la comarca por traición. Invitado a una fiesta, su

gente, que había dejado en los bosques vecinos, cayó de improviso en la tribu embriagada con aguardiente de maíz. Kola y su hija Oxil-tla pusieron a sus pies una sábana de pieles de ratón montés y un dosel de plumas de quetzal. Oxtal las besó en los ojos y esperó en silencio. La madre hizo una seña a su hija, y ésta ruborosa, desdobló el manto y puso a los pies del cacique sus ídolos de piedra de río.

Entonces Kola habló de esta manera:

—Estos son los cuatro dioses de mis cuatro abuelos, el quinto es el mío y el sexto el de esta paloma, que trae su familia para mezclarla con la tuya.

Oxil-tla bajó los ojos.

—Oxtal, señor de Arambala, tiene tantas esposas como dedos tiene en las manos; cada una le trajo una dote de valor de cien doseles de plumas de quetzal y de cien arcos de los que usan los flecheros de Cerquín. Tu paloma no puede ser mi esposa sino mi manceba.

Kola se levantó, empujó suavemente a su hija, desde la puerta, y dijo:

—Tus ojos son hermosos como los del gavilán y tu alma es sabia y sutil como una serpiente: cuando la luna haya venido a iluminar el bosque por siete veces, estaré aquí de vuelta. Cada hijo que te nazca de esta paloma tendrá por nahual una víbora silenciosa o un jaguar de uñas penetrantes. Los mozos que van a mi lado a las orillas de los cercas a llamar por boca mía a su nahual, fiel compañero de toda su vida, atraen a su llamamiento a los animales más fuertes, cautelosos y de larga vida.—Oxil-tla, camina delante.

Por esta razón Kola había visto una tarde, con impaciencia, el árbol del patio donde estaban hechas seis rayas.

—Seis veces la luna ha iluminado al bosque, dijo, y aún falta mucho para completar tu dote.

La viva tristeza de Oxil-tla se iluminó un momento por un rayo de alegría.

Porque Oxil-tla iba por las tardes a la cerca del maizal vecino, siempre que el zumbido de una honda hacía volar espantados a los pajaros negros de la comarca; ¡de tal modo el poderoso hondero hacía aullar el pedernal en los iares!

En el verde y floreciente maizal había oído ella la canción que solía murmurar entre dientes cuando estaba delante de su madre:

Flor de pino, ¿recuerdas el día
En que fuiste, a los rayos del sol,
A ofrecer esa frente que es mía
Al beso altanero
Del cacique que guarda el peñol?
Di a tu madre, cuando haya venido
La ancha luna por séptima vez,
Que yo he de ir a su sombra escondido,
Y que hará al guerrero
La piedra de mi honda caer a mis pies.

El que así canta en el maizal es Iquexapil (perro de agua), el hondero más famoso que se mienta desde Cerquín a Arambala: ora, Oxil-tla ama a Iquexapil, por eso se regocija de que su madre no pueda recoger una dote por valor de cien doseles y cien arcos.

* * *

Kola, meditabunda, pues ambiciona que su bella hija sea la esposa de un cacique, toma una resolución siniestra: llama en su auxilio al diablo Ofo, con todo su arte de llamar a los nahuales.

Una noche que amenazaba tempestad, fue a la selva e invocó a las culebras de piel tornasol; a las zorras que en la hojarasca chillan cuando una visión pasa por los árboles y les eriza el pelo; a los, lobos a los que un espíritu de las cavernas pica el vientre y les hace correr por las llanuras: a los cipes que duermen en la ceniza y a los duendes que se roban las mujeres de la tribu para ir a colgarlas de una hebra del cabello en la bóveda de un cerro perforado y hueco, de que han hecho su morada. La invocación conmovía las raíces de los árboles que se sentían temblar.

En la bruma del río que había mezclado su rumor al odioso conjuro, llegó Ofo, el diablo de los ladrones, y habló de tal manera a los oídos de la bruja, que ésta volvió contenta a su casa, donde halló a Oxil-tla dormida.

Pronto se habló de muchos robos en la tribu y sus alrededores.

Uno hubo que puso un lienzo de plumas valiosas en la piedra de moler y se escondió para atisbar al ladrón.

Vió llegar una loba, a quien quiso espantar; la loba saltó sobre él, le devoró, y se llevó el lienzo. La población estaba aterrada.

Kola, desde la puerta de su casa, aguardaba impaciente que la luna dejase ver tras los montes su disco angosto como un puñal de piedra.

* * *

Ahora, he aquí lo que pasó una noche. Mientras Oxil-tla dormía profundamente, Kola se levantó desnuda. El frío de la noche es glacial y la sombría mujer echa al horno los troncos más gruesos, en que empiezan a avivarse ascuas enormes. La bruja entonces toma la sartén de las oraciones, en que presentara a su dios la sangre de las liebres sacrificadas al venir la estación de las lluvias. Coloca esta sartén en medio de la casa, da saltos horribles al fulgor de la hoguera, hace invocaciones siniestras a Ofo, y finalmente vomita en el tiesto un vaho plomizo que queda allí con aspecto de líquido opalino: es su espírtu. En aquel momento la mujer se había transformado en loba. Entonces se fue a robar.

En el silencio de la noche, la claridad de la hoguera hizo abrir los ojos a Oxi-tla, que mira en torno, busca y llama a su madre, que ha desaparecido.

La joven se levanta temerosa. Todo es silencio. Recorre la casa y da en el tiesto, en que flota algo como líquido y como vapor.

—Madre, dice la joven, madre fué al templo y dejó impuro el tiesto de las oraciones; una buena hija no debe dejar nada para mañana: es preciso acostumbrarse a un trabajo regular; que más tarde Iquexapil vea en mí una mujer hacendosa...

Al decir esto, se inclina, toma el tiesto y arroja a la hoguera su contenido: el fuego crece con llama súbita, pero luego sigue ardiendo como de ordinario.

Oxil-tla guarda el tiesto, se acuesta de nuevo y, para calmar su terror, procura conciliar el sueño y se duerme.

A la madrugada, la loba husmea toda la casa, va, se revuelve, gime en torno, busca en vano su espíritu. Pronto va a despuntar el día. Oxil-tla se despereza, próxima a despertarse con un gracioso bostezo. La loba lame impaciente el sitio en que quedó el tiesto sagrado. Todo es en vano!: antes que su hija despierte, gana la puerta y se interna por el bosque que va asordando con sus aullidos. Aunque volvió las noches subsiguientes a aullar a la puerta de la casa, aquella mujer se había quedado loba para siempre.

* * *

Oxil-tla fué la esposa de Iquexapil.

* * *

Estas formas tomaba la moral en los tristes aduares.

AGAR O LA VENGANZA DE LA ESCLAVA

Don Francisco Rodríguez de Rivas, maestre de campo de los reales ejércitos, corregidor de Ríobamba, en el antiguo reino de Quito, tomó posesión de la presidencia de la capitanía general de Centro-América el día 4 de octubre de 1716. Pues bien, ese mismo año se casó. He aquí lo que nos interesa. Cuando don Francisco empezó a requerir de amores a doña Rosa, ésta, para tender fácil comunicación, había ordenado a su esclava Agar el mayor secreto en los asuntos en que la mezclaba: estos eran llevar y traer esquelas y razones y flores y lazos y rizos: ¡qué se yo! Agar era una negra agradable: las sortijas indestructibles de sus cabellos se recogían como manojo de virutas de azabache for-

mando airoso moño; su frente y sus pómulos, suaves y relucientes, tenían la pureza de un cristal negro bruñido; la nariz, sin dejar de ser aplastada, se movía con la respiración de su pecho en un vaivén ardoroso y apasionado que inspiraba secreta dulzura y afán en quien la veía. Alta, airosa, casi elegante: algo había de muy distinguido en aquella mujer. La historia de Agar se reduce a pocas palabras. De reina pasó a esclava. La reina en Africa vino a ser esclava en América. Esto ha sucedido con mucha frecuencia.

Cuando Agar presentó al de Rivas el primer recado de su ama, los dos temblaron. El presidente era joven aún, sus ojos eran fuego atraedor; su porte y su talante, caudal de sueños nupciales de las guatemaltecas. Podría haberse entendido con doña Rosa mano a mano, en los bailes y saraos; pero en aquellos tiempos esto era poco elegante: en asuntos de amoríos debían andar en medio las esquelas y las terceras. Los dos temblaron, dije. El presidente se olvidó de la ama, y allí fué lo de vacilar ante aquella negra majestuosa, que le miraba con la nobleza de un ángel de Africa; el pie le asomaba por debajo de una enagua corta de muselina blanca, oprimido por un zapato ancho de la punta y acuchillado; los brazos de ébano oprimían las ajorcas de oro; su garganta ceñía un terciopelo sembrado de perlas. Don Francisco había leído el Cantar de los Cantares y creyó estar viendo a la Sulamita de Salomón. Agar era la favorita de doña Rosa: el lujo de la favorita venía en abono de la señora y los ducados de ésta le permitían esos caprichos: esto no era raro en aquel tiempo.

—Agar!... dijo el hombre.

Agar le tendió la carta de su ama, con un movimiento de estatua. El presidente estrujó la carta, y Agar se sonrió: había tanta nobleza en sus ademanes, que desaparecía en ella completamente su condición de esclava.

—Te amo.—No puedo amarte. —Oye, esclava; serás siempre la favorita. Agar levantó la cabeza con desdén:—No puedes ser ni mi esposo. El español se sintió herido; pero no se rió:—Esclava, soy caballero. Agar contestó.—Vasallo soy reina. La esclava pronunció estas palabras de modo

que fué imposible replicarle. En seguida añadió con una voz ahogada:—Blanco, la hija del sol africano es tuya. Júrame no unirte a otra mujer. El caballero tenía los ojos como llamas, la respiración rendida por embriagador cansancio, la sangre brotando furiosa por las venas de desapasible tirantez:—Lo juro, Agar. —Rooth, el dios de los nubios, es vengativo con los perjuros, dijo la negra arrojándose en los brazos del blanco, respirando voluptuosidad y deseo.

***

He aquí que doña Rosa se casó ayer con el señor don Francisco Rodríguez de Rivas.

Agar pasó una noche horrible. Su ama le ha ofrecido conservarla, aunque casada, en el mismo puesto que antes; quererla siempre, nunca separarse de ella. Agar sintió que toda su sangre, quemada por el sol de la Nubia, se revelaba en deseo criminal inacabable. Aquella noche se durmió tarde y tuvo sueños monstruosos: su ama tomaba el aspecto de una fiera que le devoraba los pechos. Dormía la negra en un cuarto vecino a la alcoba de los recién casados: un trueno no la habría despertado, porque dormía profundamente; pero un beso salido de aquella alcoba la puso en espantoso sobresalto. En seguida sucedió un asalto de demonios: empezó el recuerdo de aquella ocasión en que se había entregado: aquel pasado tan corto y tan rápido se tornaba inmensamente tumultuario: aquellos recuerdos eran de una pesadumbre fatigosa: los besos tenían fisgas: los brazos que se enlazaban en aquellos abrazos, eran culebras espeluznantes: todas aquellas caricias eran sanguijuelas que le mordían el alma. La negra abría los ojos en la sombra y se retorcía en desesperada convulsión como una condenada. Por fin amaneció. Se levantó de prisa y se fué a espiar por el ojo de la llave de la alcoba donde dormían los recién casados. En seguida salió al jardín y se puso a ver el sol. Cualquiera que la hubiera visto la cara en aquel momento habría dicho: ésta ha pasado la noche en el infierno.

Ruégoos, hijas de Jerusalem, que no despertéis a mi amada, la de los pechos blancos como dos gamitos mellizos. Rosa se despertó muy tarde, ¡muy tarde: tente, Romeo; que tarda mucho en venir el sol todavía.

***

Rooth, el dios de la Nubia, es vengativo con los perjuros. Agar se llamaba en la Nubia Raukc, que quiere decir puñal de piedra. Agar, mientras miraba al sol, pensaba en su venganza. Ir, entrar, asesinarlos antes que despertaran, en el mismo lecho nupcial, era muy poco para ella: ¡cuánto daría ella misma por morir así! Ella había pensado en la muerte, cuando antes de las bodas de su amante, había recibido sus desprecios y su burla. Pero ¡pensar que ellos quedaban vivos! No se mató.

Seis meses habían pasado desde la noche de la boda. Agar se había deslizado en este tiempo con una astucia de víbora. Sonrisas para la ama, respeto profundo pero afectuoso para su señor que ya no veía en ella más que una esclava cualquiera, que ya lo había olvidado todo; el servicio, pronto y cariñoso para su señora: ¡qué buena es Agar!, ¡la primera de las esclavas, Agar! Aretes de oro para Agar, en Corpus; chal de seda, medias color de rosa, zapatitos de raso para Agar! Agar y su señora tienen entre sí secretos reservados. ¿Qué secretos?, ¡ya lo sabréis!

Agar disimula. Un día su señor, ¡la creía tan buena!, llegó hasta recordarle cierta cosa y con sonrisa sardónica le dijo al oído: *su majestad la reina.* Agar se humilló como una perra.

***

Agar y su ama tenían unos secretos espantables. La esclava le había dicho un día con aire distraído, estando asomadas a un balcón: no os parece que es agradable ese joven de jubón encarnado: se dice que es el más elegante caballero de Guatemala. Rosa no hizo caso. La esclava fué

al joven y le dijo lo que había sucedido. El joven volvió a pasar: Agar repitió sus palabras más distraída que la vez anterior. Rosa le miró. La esclava fué al joven y le dijo lo que había sucedido. El joven volvió a pasar. Agar repitió sus palabras mucho más distraída que la vez anterior. Rosa dijo:—¡Qué hermoso es! La esclava fué al joven y le dijo lo que había sucedido: Agar y su ama se tenían unos secretos espantables.

Un día el señor don Francisco Rodríguez de Rivas, había hecho un viaje. A su mujer se le sale el corazón del pecho: la esclava se acerca a ella y aunque están solas le dice al oído: ya vendrá. La esposa tiembla: que no llegue, se atreve a decir.—Entonces le diré que no llegue.—No, déjale que llegue; no haré más que verle, Agar; siquiera verle.—Señora, le dice Agar; ese joven es mucho más hermoso que vuestro marido; pero vuestro Dios manda amar al hombre propio únicamente.—Le veré únicamente; oye...unos pasos...dile que no entre...La esclava finge que va a salir. No, déjale: no dirás nunca nada, ¿no es verdad? Un joven se presenta al dintel: elegante, soberbio: la capa recogida en garboso pliegue sobre el hombro, el sombrero en posición atrevida adornado con un manojo de plumas que caen en comba bizarra sobre el aire: Adonis hecho el caballero está viendo a su amada desde la puerta con una mirada que es imán poderoso de debilidades femeniles: habla y sus palabras son tan dulces como las de sus esquelas: la beldad vacila de rubor y de miedo y se apoya en el brazo que le ofrece su amante: la esclava que ha estado acurrucada en un rincón se levanta y desaparece:—No me dejes sola, dice ahogadamente la dama: la esclava finge no oirle, y se queda tras la puerta escuchando. Desmáyase la esposa, cójela en sus brazos el apasionado joven y desaparece por la puerta de la alcoba con su dulce carga: Agar los mira entrar y se ríe como un demonio.

***

Volvamos un poco atrás. Trap, trap, trap, rápido va camino de Quezaltenango el señor presidente don Francisco

Rodríguez de Rivas. Un hombre le sale al camino: Tomad, señor, le dice. «Tu mujer te falta en estos momentos», dice el condenado papel. Vuelve la vista: el emisario de la deshonra ha desaparecido. ¡De vuelta! ¡Trap, trap, trap!, el caballo corrió tanto, que al llegar a la puerta de la casa rodó muerto, dejando a su amo en pie, quien se precipitó dentro con una energía temible. Atraviesa los corredores, penetra en los salones, llega a la puerta de la alcoba: allí está Agar tendida de través, guardando la puerta. —¿Qué haces allí, esclava?, le pregunta. Agar vuelve los ojos en horrible convulsión: con la diestra empuña el vaso de veneno que ha apurado, sostiene con la siniestra la puerta, defendiendo la entrada. —¿Qué haces, esclava? Agar hace un esfuerzo y habla:—Infamia por infamia: ya lo veis, guardo vuestra deshonra. Y luego añade fríamente:—Recibisteis mi llamamiento? El caballero da un rugido, y la esclava, sosteniendo la puerta con aire sardónico, empieza a estirarse con las convulsiones de una agonía infernal.

Allí empezó una lucha espantosa: él quería entrar y la esclava se agarraba de la puerta con las uñas, y al mismo tiempo luchaba con la muerte y con el caballero: era aquello horroroso. Por fin la negra soltó la puerta y se desplomó. El caballero puso el pie en el cuello de Agar y penetró en la alcoba: allí no había nadie. Los amantes se habían escapado.

El caballero dió un alarido y al volver a la puerta no encontró más que a la esclava muerta, con los ojos abiertos que le miraba.

CALÍSTENES

Muchos sofistas, retóricos, rapsodistas, gramáticos y agoreros, siguieron a Alejandro en su expedición al Asia; no sé que le siguiera sino un verdadero filósofo; y lo prueban sus desgracias: Calístenes.

Lo que es el maestro, Aristóteles, juiciosamente se había quedado en Grecia. Porque si va a Persia, corre igual

suerte que Calístenes, su sobrino; y aún se oyeron algunas amenazas con que desde el Asia amagaba Alejandro a su antiguo maestro.

***

Después que Alejandro, en un acceso de cólera, dió muerte a un amigo suyo, Clito, y tras haberse querido matar, lo que le impidieron, pasó toda una noche dando alaridos; venido el día enmudeció, y a intervalos solamente se oían grandes suspiros que consternaban el campamento. Sus amigos forzaron la entrada, «recelando de aquel silencio», como dice bellamente Plutarco.

Para consolarlo, Aristandro, que era una especie de sacerdote, le probó que aquel crimen no era suyo, sino de los dioses.

Después habló Calístenes, procurando templar la desesperación, no el remordimiento.

Dijo así:

«En cuatro partes se divide tu gloria, ¡oh rey! La una es de Homero, que te inspira la grandeza y el heroísmo, la otra es de Aristóteles, que te educó y te hizo sabio; la otra es de los griegos, sin los cuales no serían posibles tus conquistas; la otra, es tuya».

Alejandro que lloraba, teniéndose la cabeza entre las manos, al oir esto levantó la mirada estupefacto: el filósofo agregó:

«De la parte de gloria que te cabe, quita aún lo que la rebaja la muerte de Clito y el incendio de Persépolis: y ahora que te sientes pequeño, no ofendas a los dioses dudando que puedan acoger tu arrepentimiento en su inmensa misericordia».

Alejandro se deshizo en sollozos (1).

El sofista Anaxarco de Abdera, entró gritando para hacer más original su adulación y con cierta altivez y desembarazo teatral:

(1) No sé de autor alguno que traiga las palabras de Calistenes: las he supuesto.

«¿Este es aquel Alejandro a que propende la mirada de todo el orbe?», exclamó. «Oh, tú que yaces tendido y gimiendo como un miserable esclavo, ¿acaso ignoras que Júpiter tiene dos asesores, la Justicia y Temis, a fin de que todo lo que hace el que manda sea legítimo y justo?»

Alejandro se consoló con estas palabras, que, según la expresión de Plutarco, «corrompieron su moral».

Desde entonces, además, aborreció a Calístenes; lo cual agradecieron los sofistas que ciertamente tenían sus razones.

* * *

Hablándose de sobremesa sobre la temperatura de la estación y opinando Anaxarco que era más benigna que la de Grecia, Calístenes dijo: Para tí es menos duro el invierno de Asia, oh, Anaxarco!, allá lo pasabas en ropilla y aquí te abrigan tres cobertores. Además se negaba con frecuencia a asistir a los convites donde a veces el rey proponía certámenes sobre quien más bebía. Cuando asistía, no alababa a nadie.

Alejandro quiso mortificarle una vez con estos versos:

«No hagamos caso del sofista que nada sabe hacer ni en provecho propio».

Muchas veces Calístenes añadía fuerza a sus censuras empezando por el elogio, lo que establecía el contraste.

Una vez hizo en un banquete la alabanza de los macedonios, cayendo sobre él una tormenta de aplausos y de coronas de flores.

Alejandro le satirizó con los versos de Eurípides:

«Es fácil ser fecundo cuando se escoge por tema un asunto grandioso».

Añadiendo: «Mejor harías si censurases a los macedonios: así se curarían de sus yerros».

Entonces hizo ver Calístenes que la desunión de los griegos había sido la base del poderío de Filipo; concluyendo por recitar los versos:

«En las revueltas de los pueblos se alza con el mando el menos virtuoso».

La corrupción y los vicios del rey y los cortesanos aumentaron. Luego llegó el momento en que Alejandro se creyó dios. El vacío que se hacía cada vez más en su virtud lo iba llenando su vanidad.

Uno de sus ritos era este de los banquetes: bebía en una copa, y la alargaba a uno de los suyos: éste la tomaba, iba al ara, adoraba, bebía, volvíase a dar un beso al rey, y después se sentaba; lo que hacían todos por orden de asientos. Una ocasión tocó su vez a Calístenes. Bebió y no adoró. Alejandro estaba distraído. Al ir a besarle el filósofo, oyó el rey la voz de Demetrio que decía: «oh rey, no beses: éste no ha adorado». Alejandro huyó el rostro. Calístenes dijo: «¡un beso menos!»

* * *

Un día, como le saludase a usanza helena, le dijo el rey:—Por qué no me adoras?—Soy griego, le respondió; tan alto has puesto ese nombre, que no podemos envilecerlo. Alejandro hizo cortar las orejas, la nariz y los pies, y meter en una jaula al hombre sincero. Esta mutilación operó un cambio en Calístenes. De filósofo que era se transformó en profeta. Así este monstruo, posesor de la verdad, era sin duda resplandeciente. Puesto en un carro tirado por dos camellos, seguía los ejércitos de Alejandro. De manera que tras los pasos del conquistador se veía que iban arrastrando a la verdad enjaulada. No había sino un hombre, de los generales de Alejandro, que le visitase diariamente: se llamaba Lisímaco; quien decía a Calístenes:—Si el rey te viese abandonado de los hombres de bien, no tendría remordimientos (1).

Un día dijo Calístenes a su amigo:—He soñado que estabas al lado de Júpiter, con un cetro en la mano y una diadema en la frente. Lisímaco, tú serás rey. Cree a un hombre que debe ser agradable a los dioses puesto que sufre por la virtud (2).

* * *

Alejandro supo que uno de los generales respetaba la desgracia del filósofo, y se enfureció. Y dijo a Lisímaco:

(1) Montesquieu. «Lysimaque».
(2) Ibid.

«Puesto que te agrada el trato de las fieras, vas a estar con ellas». Y le destinó a un espectáculo de leones.

Antes de morir escribió Lisímaco a Calístenes:

«Si tu sueño se hubiese cumplido, te habría hecho feliz. En estos momentos tu sueño, en que yo tenía fe, me hace más desgraciado».

Calístenes respondió:

«Lo dispuso el Cielo: Alejandro no podrá impedirlo». Cuando Lisímaco recibió estas líneas llegaron a conducirlo a la plaza, donde una multitud se apiñaba para verlo.

Allí estaba Alejandro sobre un trono, al cual se subía por veinte gradas. Lisímaco estaba en medio de la plaza. Le soltaron un león. Lisímaco dobló sobre su brazo izquierdo su manto de roja púrpura, presentándolo a la fiera: ella quiso lamerlo creyéndolo empapado en sangre: el héroe le agarró la lengua y de un tirón se la zafó. El león cayó en el suelo suavemente, como una almohada. Un gran rumor se levantó del circo. Pero bien pronto cesó: Alejandro que estaba de pié, dirigiéndose al reo, decía:

—Mi cólera sólo ha servido para que hagas una hazaña que Alejandro no cuenta en su vida.

* * *

Tomo estas palabras de Montesquieu; el cual, como acostumbra, con una pincelada, pinta la suerte del imperio de Alejandro a su muerte: «Muerto Alejandro las naciones quedaron sin señor: su hijo estaba en la infancia, su hermano Arideo no salió de ella nunca; Olimpia sólo tenía la audacia de las almas débiles; sólo lo que era crueldad le parecía valor; Rojana, Eurídice y Estatira estaban perdidas de dolor. En palacio todos sabían gemir, nadie reinar. Los generales de Alejandro alzaron los ojos al trono: la ambición de todos contuvo la de cada uno. Se repartieron el imperio».

Le tocó el Asia a Lisímaco.

* * *

Por las salas de su palacio se arrastraba un hombre que no tenía pies, nariz, ni orejas.

Cuando Lisímaco iba a emprender o hacer algo, consultaba este semblante disforme cuyo ceño salvaba a un hombre de cometer una mala acción y cuya sonrisa hacía la felicidad de todo un pueblo.

CUENTO DEL SIGLO XVIII

¿Qué es esto y cómo se explica?

¿Una planta parásita, en los alambres del telégrafo?

....

¿No se recuerda la anécdota, de un sabor tan colonial, del estudiante en vacaciones?

Ella prueba que aún bajo lo férula de las repeticiones memoristas y maquinales, una filosofía revolucionaria la contrarrestaba y representaba el buen sentido.

Un estudiante había vuelto de Guatemala, a casa de sus señores padres, a vacaciones.

Los gastos de su sostenimiento en la ciudad de los Capitanes Generales habían hecho venir a menos los haberes del hacendado en pequeño.

Mientras tanto, las gentes de toda clase de la hacienda, se afanaban para demostrar sus sentimientos hacia el futuro «Licenciado.»

Las frases «templo de Minerva,» «los peldaños del templo de la Ciencia» habían llegado hasta aquella pobre gente.

Una larga mesa con blancos manteles, estaba lista desde antes que llegasen el estudiante y los que habían ido a encontrarlo: las mejores monturas y mantillones, y los caballos y mulas de silla que más admiraban algunas leguas a la redonda, fueron objeto de una disimulada exhibición.

A su tiempo salieron la Rosana y la Leonarda, hija del mayordomo, la primera, y sirvienta la segunda, que magüer que del campo, dejaron atontado al aturdido del estudiante.

Se pusieron los de la comitiva a la mesa.

—Debe de hablar latín, dijo el mayordomo.

Oyólo el alumno de Minerva y pronto se dejó oír su voz tronante:

—*Sal salorum, para un huevorum,*—gritó......Todos le entendieron, pero por respeto a la ciencia dejaron que el estudiante se *explicase.*

La Leonarda *batió el record* de la prontitud solícita y le trajo la sal.

Estimulado por este triunfo, se desató la lengua bastante amarrada del futuro sabio y habiendo visto algo en una viga del techo de la casa de la hacienda, preguntó a su padre:

—Padre ¿cómo hizo la vaca para subirse al techo y ensuciar la viga con ese porqué de estiércol?

....

La tradición atribuye palabras duras al hacendado.

Y al año siguiente, el estudiante no volvió a Guatemala.

PRÓLOGO PARA "LA CASCADA" Y "LA BELLA INFANTA"

Portugal tiene a Camoëns, tiene a Vasco de Gama, tiene a Enrique el Navegante, tiene a San Antonio de Padua, que no es de Padua, sino de Lisboa. Con todo, sus figuras prominentes son menos visibles en nuestro tiempo que en el siglo XVI, en que, fraccionada la Europa, aunque hubiese la tendencia a formar las grandes nacionalidades que hoy conocemos, ninguna fracción era sin embargo mucho más grande que el Portugal.

A pesar del cosmopolitismo de nuestra literatura—de los Gómez Carrillo, que ciernen el planeta en la rebusca de la nota nueva de información literaria,—de los Acosta,—que desde su mesa de redacción no hacen un viaje más corto en la esfera del periódico, la revista, el libro,—entiendo que no es conocido el más grande de los poetas y literatos modernos del Portugal.

Su nombre: Joao Baptista de Silva Leitao d'Almeida Garret.

O, breve: Almeida Garret.

Formaron su gusto los «Arcades» portugueses, en el clasicismo del siglo XVIII.

En la Universidad de Coimbra, antes se convirtió a la Monarquía constitucional de absolutista que era, (¡un Almeida!) que pensase renunciar las metáforas del gusto de Boileau y a la Mitología.

Con todo, si la forma de sus versos es del gusto de los «Arcades» sus ataques al absolutismo le ponen muy pronto en el camino del destierro.

Escribe un *Romancero* portugués.

¿Alguno de los lectores recuerda que hace dos años el autor, por lo demás insignificante, de estas líneas, escribió, tomando por crónica un pasaje de las «Memorias» de Morazán, un romance cuyo título era *La Batalla de Gualcho?*

De un modo parecido, los elementos de *El Romancero* de Almeida, eran documentos de la Historia de Portugal.

Son célebres, de esta obra, los romances *Adozinda y Maragaya.*

Escribió también el poema *Camoëns,* traducido al francés en 1880.

He hablado también, más de una vez, de la obra colosal de Bjærson—Bjærstierne y de Ibsen,—en Noruega, y la fundación de un teatro noruego.

Almeida proporciona otro ejemplo: «a fuerza de perseverancia, (dice Luis Pilatos de Brin' Gaubast, el traductor francés de la «Tetrologie» de Wagner), Almeida Garret triunfó de las dificultades de la empresa formidable de crear, él sólo, además del repertorio, un teatro, un conservatorio, actores y espectadores *dignos de él*»; sólo que en la intención del portugués todo ello tenía el destino de reformar un teatro degenerado.

Entre nosotros se trataría de crearlo, como en Noruega. (*)

La obra lírica de Almeida se titula *Hojas Caídas.*

Son el retrato del alma portuguesa.

Tomemos de sus páginas: *La Cascada.*

(*) A esta fecha (1931) el teatro en El Salvador, es un hecho.

LA CASCADA

De ALMEIDA GARRET, Poeta portugués.

Allá, entre las últimas rocas terminaba la tierra: era allá; desierta, árida, la tierra, a través de los negros bloques de piedra, no deja vivir con su vida precaria, más que los tristes pinos miserables.

Y los vientos soplaban desencadenados, bruscos y violentos, por las ramas, y los cielos túrbidos, nebulosos, el mar que ruge sin descanso, todo era allí la fuerza huraña de una naturaleza virgen y salvaje.

Allá, sobre la montaña quebrada, entre algunas juncos mal acogidos, seco el arroyo, seca la fuente, yerbas resecas, pelotones de arbustos quemados, en este país bruto y austero,— existió un cielo sobre la tierra!

Allá,—los dos—solos en el mundo, muy solos, ¡Dios Santo, las horas que vivimos! Olvidados de todas las cosas, como éramos nosotros todo para nosotros mismos! Olvidada de todo y de todos, ¡cuán dulce nos era la vida!

¡Oh besos, largos besos sin fin! ¡Diálogo mudo de los ojos que hablan! ¡Cómo vivía ella en mí! ¡Cómo lo tenía yo todo en ella! ¡En su espíritu mi alma y en su corazón mi sangre!

Horas fugitivas, siglos por la intensidad... ¡Estos días fueron contados en la eternidad por los ángeles! ¡Pues Dios los marca por mil años, cuando los concede a aquellos a quienes ama!

....

LA BELLA INFANTA

De «El Romancero»

De ALMEIDA GARRET, Poeta portugués.

Estaba la bella infanta sentada en su jardín, sus cabellos peinaba con su peine de oro fino.

Vió hacia el mar y en el mar una armada. A maravilla la gobernaba el Capitán que ya desciende y ya viene.

—¿Dime, Capitán de esta noble armada, si a mi marido no encontraste en el país que el mismo Dios ha hollado?

—A ese país sagrado van tantos caballeros... A tí el decirme, Senhora, ¿qué signos llevaba él? —Por signo, un caballo blanco montaba, la silla era de plata dorada: sobre su lanza, en la punta, la cruz del Cristo llevaba. —Por los signos que tú dices, yo le he visto en una empalizada, morir una muerte de valiente: yo mismo le he vengado. —¡Ay, triste de mí! ¡Viuda! ¡Ay, triste de mí! ¡Ay, de tres hijas que tengo, ninguna aún se ha casado!...

—¿Qué es lo que darías, Senhora, a quien te devolviese a tu marido? —Yo le daré oro y fina plata... —De oro ni de plata me cuido, ni quiero para mí de eso pizca: dí algún otro dón, Senhora, para el que te lo trajese aquí mismo. —De tres molinos que tengo todos tres te los daría, uno de ellos muele clavo y canela y otro sésamo, y otro harina. El rey los quiere para él. —De tus molinos no me cuido ni para mí los quiero para nada: ¿dí otro dón, Senhora, para quien te lo trajese aquí mismo? —Las tejas de mi techo que son de marfil y de oro. —De las tejas de tu techo no me cuido: ¿dí otro dón, Senhora, para quien te lo trajese aquí? —Las hijas que tengo son tres: yo las doy a tí, una de ellas para calzarte, la otra para hacerte tus mantos, y la más bella, de las tres, para tu esposa. —Las damas tus hijas, infanta, no son como para mí: dí otro dón, Senhora, si tú quieres que yo lo traiga aquí. —Nada más tengo que darte, nada más puedes pedirme.

—Sí por cierto, mi Senhora, puesto que te quedas tú.

—Caballero tan vil para tal dón querer, por manos de mis villanos lo haré atar, y por la cola de mi caballo, en rededor de mi jardín correr.

¡Vasallos, oh mis vasallos! Venid aquí para ayudarme.

—Este anillo formado de siete piedras, que contigo yo partí en otro tiempo, ¿tienes tú la otra mitad? ¡He aquí la mía!

FRAGMENTO DE "CATÓN"

De ALMEIDA GARRET, Poeta portugués.

Personajes: MANLIO, DECIO, CATÓN.

MANLIO.—Es Decio el Embajador.

CATÓN—¿Quién? ¡Qué vergüenza!...¡Él, Decio, un caballero!...¡Qué indigna presencia!

DECIO.—*(Entrando.)* César saluda a Catón.

CATÓN.—Yo no soy aquí Catón, yo soy el Senado. Yo... yo no conozco a César.

DECIO.—El invencible, el gran triunfador del mundo,......a tí me envía. Reunido ante estas murallas para combatir,—o más bien para vencer,—su ejército no espera más que una señal. En el concepto de César, sinembargo, es tal el mérito de Catón, que el Dictador magnánimo, adorando las virtudes de su gran adversario, ha temblado por la primera vez, y se resigna mal a seguir la fortuna que le precede. Su genio vacila turbado en presencia del tuyo: el vencedor de la tierra teme permanecer vencedor! En su celo y su solicitud, quiere salvar tu preciosa vida a cambio de sus propios laureles. Tú sólo, en todo el universo sumiso, le resistes, y la grande alma de Julio está orgullosa de tan grande rival. ¡Virtuosa vanidad! ¡Ambición noble! Si César desea triunfar de Catón, es de otro modo que por la espada. Tiene la generosidad de concederles a tus compañeros, por consideración a tí, plena amnistía. A tan gran favor no pone más que una sóla condición: tu amistad.

CATÓN.—Lo has dicho todo?

DECIO.—He dicho.

CATÓN.—¿Al Senado, César no envía nada a decirle?

DECIO.—Nada.

CATÓN.—Vete.

DECIO.—Catón, escúchame. ¿Quieres sacrificar a tus amigos? ¿Tú mismo quieres desafiar las cóleras del vencedor? Cuando él viene, generosamente, a ofrecerte la paz,—ese bien sagrado,—vas tú, tú, hasta a rehusar escuchar las condiciones?

CATÓN.—Las condiciones son éstas: que él desarme sus legiones; que abandone la púrpura; que abdique la dictadura;

y que humildemente, convertido en un ciudadano como todos los otros, espere la sentencia de Roma. Yo mismo entonces, amigo cordial tanto como era su enemigo, yo me haré defensor suyo. Jamás para defender el crimen mi voz austera se ha levantado ni en el Senado ni en el Foro: y por un crimen tal como el suyo, Catón será su abogado. Lo será: a mí, por él, de lo alto de la Tribuna de los rostros, me escucharán suplicar, pedir humildemente, comprometer todo lo que soy, todo el crédito que tengo en Roma, obtener su perdón, devolverlo a la patria.

Decio.—Mira al menos......

Catón.—No tengo nada que ver.

Decio.—¿Ignoras pues, de quien tiene César el título de Dictador? Del mismo Senado de Roma.

Catón.—Vil rebaño de los más viles esclavos, el Senado: ya no es sobre las riberas del Tíber que se halla Roma. Tú ves a mis hombres y a mí: ese verdadero Senado somos nosotros; y Roma......es en nuestros corazones donde se halla.

LA CIERVA DEL PIE BLANCO

De BRYANT, Poeta inglés.

Erase, hace una centena de años, cuando en los senderos de las selvas, el viajero descubría el gamo salvaje, preparándose para beber, o ramonear los pimpollos de los álamos.

Al pie de una colina, cuyos flancos rocallosos caían a plomo en una pradera herbosa, defendiendo un cercado contra el viento, venía a pacer una cierva, por larga costumbre.

Pero sólo venía cuando, en las cimas, posaba su claridad la luna, a la tarde, y nadie conocía los secretos retiros donde vagaba en el espacio del día.

Blanco era su pie; sobre su frente se veía también una mancha blanca como la plata, que parecía brillar semejante a una estrella en una noche brumosa de otoño.

Y allá, cuando cantaba la golondrina de la noche, ella ramoneaba los pimpollos de las hojas nuevas; y allí también se escuchaba el roce de sus pasos, más al anochecer, por octubre.

Pero cuando la ancha luna de medio estío se levantaba sobre el claro de la fronda, al lado de la cierva de pie de plata, pasaba un tachonado pavo real.

El ama de la granja prohibió a su hijo que jamás la tomase de blanco de su rifle; «Sería un pecado, decía, hacerle mal o causar espanto a esta cierva amiga».

«Este sitio ha sido mansión plácida para mí, durante más de diez años apacibles, y siempre al brillar el claro de la luna, ella pace de ese modo delante de la puerta».

Los Hombres Rojos dicen que desde hacía más de mil lunas, se paseaba ella por allí, y que ellos tampoco lanzaban jamás en este sitio su grito de guerra, ni tendían su arco.

El mozo obedeció y buscaba su caza bien lejos, en la selva; allá donde, en la profundidad y el silencio de su musgo, se extendían los bosques antiguos.

Pero un día, en la estación del dorado otoño, en vano había recorrido la soledad, pues no parecían el faisán ni el ciervo; y él se volvía a la casa.
vista.

La tarde purpúrea y la luna llena lucían mezclando su brillo; la cierva en el prado florido, estábase paciendo a plena

Levantó él su rifle a la altura de los ojos; y de las rocas del contorno un eco súbito, agudo y desgarrador, repercutió el sonido de la muerte.

Lejos, en el bosque vecino, huye el pobre animal, que se ha extremecido; y gotas purpúreas se veían por la mañana con el rocío resplandeciente.

La noche siguiente brilló la luna llena, brilló tan apacible como siempre; la cierva no fue más vista entre la hierba del prado.

Pero antes que la luna nueva hubiese envejecido mucho, en medio de la noche vinieron los Pieles Rojas, y quemaron el cercado, la granja, hasta en sus fundamentos, y mataron al joven y a su madre.

Ahora la selva ha invadido el prado y esconde las cimas vecinas a la vista; allí durante el día resuena el grito del halcón que vuela, y ronda el zorro por la noche.

NEMI

El portón del palacio se abrió y la recia figura de Atonal, con un haz multicolor de lanzas, flechas y dardos, se enmarcó bajo el dintel que ha lacerado de mil modos la artillería. Sostuvo el combate hasta haber agotado sus proyectiles. Después, se cubrió con su escudo y acribillado de heridas, cayó en las gradas de su palacio. Los escasos flecheros que le seguían, también habían agotado sus armas; el enemigo avanzó a apoderarse del Rey, cuando una visión deslumbrante se interpuso de súbito: sus tapaorejas, su cinturón, sus sandalias y sus muchas joyas, todo de oro y piedras preciosas, rodeándola de una aureola de grandeza, despertaron la codicia del soldado, y varios grupos se amotinaron, en la disposición de disputarse la buena presa.

Fué entonces cuando, sobre aquel cuadro de represalia, flotó el penacho de plumas blancas y verdes que remataba el casco brillante del capitán: alzó éste su espada majestuosamente y sonriendo cortés, tranquilizó a la joven, a quien parecía interrogar sobre su presencia en el combate, que en verdad terminaba por agotamiento de armas, después de la defensa del palacio durante varios días.

—Nemi,—dijo ella,—la hija de Antonal.

El rey moribundo se incorporó:

—Sois el bueno de los blancos,—dijo. He aquí; los dioses os mandan en tal momento. Habéis salvado a mi hija. Pero esto se acaba: las heridas son mortales.

—Decid vuestra última disposición y dictad vuestras órdenes: ya sabéis quién es Diego de Alvarado, y su palabra es de rey.

—Sois el dueño de todo esto por la guerra; pero no así de los bienes: sabéis que las huertas de cacao son del patrimonio y uso real: oponeos a que lo siembren y cultiven los Nonohual que habitan las faldas del Chinchontepec y que lo codician. La grande huerta de los Izalcos es herencia de mi hija Nemi: os dejo a Nemi como pupila, confiado en vuestro honor y en condición de tutor, disfrutad de esa riqueza.

—Soy contento, dijo Diego, y con la diestra extendida trazó la cruz sobre la faz del rey Antonal que expiraba.

* * *

En el campamento de este gran señor que era Diego de Alvarado, siempre se distinguía una tienda magnífica, en el dintel de cuya puerta pendía un lienzo, semejante a bambalina, donde se veía pintada una campana verde ceñida por un collar de oro: las armas o jeroglíficos de Cuzcatlán. Una servidumbre numerosa se agitaba en torno, y alguna rara vez se alcanzaba a contemplar una faz de palidez de perla agobiada por enormes tapaorejas de oro.

¿Era una esclava?

Don Diego decía simplemente:

—Es mi hija.

Era Nemi.

* * *

Este cariño filial y paternal pudo resolverse en un matrimonio; pero Diego tenía, al tenor de su propia expresión, palabra de rey; y Atonal moribundo sólo le había entregado una pupila.

* * *

Cuando estuvieron en el Bajo Perú, una crisis pasó de modo obscuro en el alma del hidalgo. Su grande amigo Diego de Almagro tenía un hijo de nombre también Diego, joven apuesto que frisaba en los veinte años y cuya madre era una *pala* o princesa de la casa de los Incas.

Estos enlaces, como en Tlaxcala, eran para la mujer según el rito de su nación, un matrimonio perfecto. Expresamente lo dice el historiador indio, Camargo.

* * *

Un día encontró el de Alvarado a Diego de Almagro el joven y a Nemi, hablando en la actitud tan conocida de los enamorados, a la puerta de la tienda del blasón verde. Demudóse el semblante del gran Diego; pero Nemi, para evitarle tan gran pena, llevó su mano a los labios del español, y le dijo con noble seguridad:

—Es mi prometido. Y después, cobrando su silueta de princesa, que siempre ocultaba, añadió:

—Es hijo de una pala: puede una sublevación de América, arrojaros a vosotros: podría él entonces, aspirar a sentarse en el tablón de oro de Atahualpa: puedo yo, topiltzina, reclamar mis derechos en el centro de las Américas y podremos unirnos...

—Sabed, Nemi, dijo Diego, que no puedo autorizar una sola de esas palabras.

—Pero no podréis, padre, dijo ella, retornando a su feminidad de costumbre,—no podréis impedir que dos corazones se amen...

—Eso sí se puede,—dijo él simplemente.

* * *

Luego vino la guerra civil y la victoria de Abancay que estuvo a punto de dar un solo dueño al Perú y de hacer marquesa a Nemi, en el porvenir: ella estuvo con Diego a ver en su prisión a Hernando Pizarro condenado a muerte, para hacer llevadera tal desgracia: muchas horas que eran amargas para el orgulloso magnate, pasaron a su lado: ella escuchó, como para matar el tiempo, Diego refería toda la conquista de México y de los Maia-Quichés y Cuzcatlán, y cómo Hernando refería la conquista del Perú y lo de Cajamarca, acusando a los almagristas de tener la culpa de la muerte del Inca... todo esto mientras se ponían a las cartas gruesas sumas en apuestas... de tal modo que una noche, al despedirse, Diego quedaba a deber, ochenta mil pesos fuertes.

Al día siguiente, Nemi en persona despachó, con los sirvientes, diez y seis cajas de oro, que equivalían a tal suma; pero Hernando las devolvió, con la razón lacónica para Diego:

—Que se sirviera de ellos.

Desde antes, siempre Diego de Alvarado había defendido al prisionero, y nadie creyó que influyera en él tal donativo cuando obtuvo por fin salvarle la vida.

Los abrazos de Almagro el joven, instado por Nemi, a su padre el indignado mariscal, no entrarían por poco, sin embargo, en tan inesperada clemencia.

* * *

Pero giró en sentido contrario la rueda de la fortuna... ......Alvarado, que aunque no alcanzó a salvar a Almagro, como a Hernando, del mismo Hernando que esta vez era el jefe irritado e implacable, se hizo cargo de defender los derechos de Almagro el joven, a la gobernación vitalicia y hereditaria del Alto Perú.

Ni atendió estos derechos el Gobernador Francisco Pizarro, ya vencedor y el tutor de dos príncipes indios, Diego de Alvarado, partió con Nemi para España a pelear ante el rey y los jueces, los derechos de su pupilo.

* * *

Llegó poco después que él a Madrid, el despiadado Hernando, y los ríos de oro que derramó para burlar el juicio entablado fué tal por todas partes, que el rey y emperador, con su espíritu caballeresco, dijo a los conquistadores:

—Sois caballeros: lo que no pueden los jueces, lo puede un juicio de Dios: dirimid el asunto en un torneo.

En seguida el cartel de desafío era enviado por Diego al orgulloso Hernando que podría en el lance a que se le llamaba ostentar su famoso penacho de plumas blancas.

* * *

Nemi se hallaba en un momento de conmociones indecibles: mientras en Madrid la corte y el pueblo sólo hablaban del próximo duelo a muerte, ella recibía cartas del Perú: los almagristas con Almagro el joven y Juan de Rada a la cabeza, habían vengado, dando muerte a Francisco Pizarro, la muerte del conquistador del Cuzco, el viejo Almagro: su Diego—pensaba Nemi,—de veintiún años justos, era el Gobernador de todo Perú...Si Diego de Alvarado mataba a Hernando...¿y qué espada había tan firme y acertada como la suya?...

Su ansiedad era tanta por lo que pasaba en torno suyo como por las noticias que podían traer los dorados galeones de allá, del otro lado del mar...

* * *

Tal era su estado de ánimo, cinco días antes del duelo, cuando en la vasta casona que habitaban, la servidumbre alzó un clamor despavorido: ni aun ella se daba cuenta de lo que pasaba y ya el público invadía las escaleras y galerías...Pero ¡cuál sería el horror del hecho! El Emperador mismo, en torno del cual sonaban las armas de sus caballeros, acudía a lo inaudito del suceso...

Diego de Alvarado había sido hallado muerto en su lecho.

Nemi quedó como petrificada y mientras el gran caballero que era el jefe de naciones juraba que con él no podrían jueces cohechados ni malsines, Nemi con toda frialdad sacaba una faja de extraños escritos y poniéndolos en manos del César, le dijo:

—Veis aquí cartas del Perú: los hombres de armas de vuestra Audiencia han derribado a Diego de Almagro el joven del poder y le han decapitado: mi patrimonio cuyos títulos entrego a Vuestra Majestad, ha bastado con el quinto del rey a los gastos del reino cuyo es mi origen y señorío os le cedo. Sólo pido en cambio que persistáis en la palabra que habéis lanzado de que esta vez quien hará justicia será Carlos V.

* * *

Hernando Pizarro fue reducido a prisión, que duró veinte años, en el castillo de La Mote.

* * *

La *pala*, hija de otra *pala*, y del difunto marqués Francisco Pizarro, pasaba de vez en cuando a dar alguna noticia que fuese desesperante a la portera de la casona en que vivía Nemi. Una mañana se detuvo en el zaguán.

—¿Qué tenemos ahora?, le dijo la portera.

—Que me caso con mi tío Hernando, respondió la pala; así no será tanta su soledad como quisieran sus enemigos: hacedlo saber a Nemi para que se alegre menos de la mala suerte de un triste prisionero.

La buena mujer respondió con voz solemne:

—Nemi...Vosotros le quitasteis los dos padres que le habían quedado en la vida; después le habéis arrebatado a su prometido: no pudiendo dar a su vida el empleo que ella deseaba, Dios ha escuchado sus votos y ha querido llevarla donde reciben el premio que les es debido las buenas almas, como era la suya; pues Nemi ha muerto hace tres días.

EL PASTOR Y EL REY

El hilo de agua que se llama Acelhuate le fué dado al antiguo vecindario, por la Estrella de la Mañana, el Quezalcoatl que se adoraba en el valle.

En las márgenes de un remanso, a la sombra de unos grupos de balsameros, está el pastor Tutecotzimit, con su rebaño de pavos reales. Pende en un bálsamo que gotea por sus heridas cristalinas las gomas que perfuman el paisaje y lo vuelven encantado,—pende el escudo de oro del pastor, y de un tahalí de piel de jaguar, su espada de ónice. Una tienda de plumas multicolores, como las que se venden al Ahpop y los Ahaus de Opico, ofrece un refugio contra los rayos del sol a la hora en que el Tonathiú encrespa en el cenit su plumaje candente.

Una flecha sale del boscaje; un pavo real herido en el costado, lanza un alarido. El inmenso rebaño vuela y un momento el aire se llena de los cambiantes multicolores y de los matices metálicos de las aves favoritas de la Estrella Matutina. Un arco gigantesco en la siniestra; acomodando una nueva flecha en el nervio vibrante, la silueta de corzo que han heredado las realezas del país de los príncipes de Palenque,—del boscaje se desprende un cazador.

Viendo al pastor, ríe y se burla.

Es el rey, el sanguinario Cuahumichín.

Al mismo tiempo el pastor con su espada ha hecho sonar el escudo. Un sonido melodioso como el canto de un pájaro se ha internado por las arboledas y en los claros de las avenidas han aparecido los Chanes. Estos flecheros de raza, flecheros de padres a hijos desde los tiempos de la guerra de Nachán y de Tula, guardan los rebaños. A una señal del pastor sus armas se bajan.

—Pastor, dijo el rey de Cuzcatlán, el Cuahumichín, los sacrificios de hombres, sin los cuales no prospera la guerra, que he establecido, han regado un secreto rencor en el reino. Mas todas las familias de reyes fueron destruídas. No queda nadie para sentarlo en el trono si derribasen a Cuahumichín.

—Te estaría mejor, Rey, repuso Tutecotzimit, aconsejarte de la Estrella de la Mañana, que del cruel Dios del Acaso y de la Emergencia, Paynalton, el horrendo Huitzilipochtli. Nosotros no adoramos la Suerte. No sacrificamos a la Casualidad. La Estrella nos impone definiciones claras. Tocante a dinastías, te diré lo que me dijeron mis padres sobre ésto: El primer rey que hubo en el mundo tuvo diez hijos, estos diez, cien; estos cien, mil; estos mil, diez mil; estos diez mil, cien mil; estos cien mil, un millón; estos millón, diez millones.

—En efecto, dijo Cuahumichín, un descendiente de rey, como cualquier otro hombre, tiene lo menos diez hijos.

—En tres mil años, continuó el pastor, los cien millones de habitantes de estas tierras, como los de cualquiera otra, han llegado a ser todos descendientes y de la familia de sus reyes. Por eso el rey es «padre» y los súbditos son «hijos», es decir, que todos somos iguales.

Volvió a reir Cuahumichín, y dando a su séquito el pavo-real muerto, como buena presa, alejóse, sin tomar en cuenta las lágrimas que por el animal prodigioso derramaban los Chanes en las entradas de las avenidas.

En efecto, cuando la revolución derribó al rey pipil, sucedióle el pastor, que era de los antiguos mayas.

EL TESTAMENTO DE KICAB

En tiempo de Kicab, que los cronistas españoles llamaron después Kicab el Grande, se vió lo que hoy en los programas políticos expresamos con las palabras de Unión Centro-Americana. El poder de Kicab se hacía sentir desde el Usumacinta hasta los Grandes Lagos.

Kicab murió en *** cuando por sexta vez visitaba sus dominios. Le rodeaban los príncipes herederos y los grandes sacerdotes de las diversas religiones de los países sometidos. Próximo a expirar, el Gran Consejo del Imperio, (los Cavek, los Niaib, los Ahau-Quichés) quiso hablar por última vez con el rey.

Admitido a su presencia, en la terraza de bloques ciclópeos, habló el más anciano, Cavizamah, el Ahaus de Copantl, cuyo sólo séquito valía por una corte, y que mandaba cien mil flecheros.

—Todo el objeto de esta última visita, Hijo de la Estrella Inmóvil, es saber cómo harán tu heredero y el Gran Consejo, para conservar este Imperio, formado de tan diversos reinos y señoríos; cómo los has unido y cómo pueden permanecer unidos. Tus consejos serán para nosotros el más valioso testamento.

Kicab estuvo por un momento indiferente y silencioso.

Desde la terraza de bloques ciclópeos del peñol o fortaleza de *** en que estaban, se veía, en la falda de un monte roqueño, el monolito, largo de cincuenta y cinco pies, y esculpido por dos lados, con que la guarnición, poniendo a la obra hábiles artistas, quería conmemorar la visita del conquistador al peñol o fortaleza. Tres días hacía que trabajaban los de las cuerdas de pieles, para subir el bloque a la terraza, donde debía erigirse. No había sido posible moverlo.

Kicab, con la cautelosidad propia del Maya, ordenó al Ahaus de Copantl, diciéndole: —Ve y trae la stella. Fué el Ahaus y no movió la piedra. Fueron sucesivamente, los diez grandes del Imperio, y ninguno movió el monolito cubierto de emblemas. —Bueno!, dijo Kicab: ¿vosotros conocéis «el juego del cuerpo muerto»? Rayo de Sol, protegido de Quezalcoatl,

—ordenó a un corpulento jefe de flecheros,—tiéndete en el suelo y haz el muerto, rígido, como hacíamos en el patio del juego de la pelota... Ahora, los cuatro grandes de los grandes, dos de cada lado, con la punta de un dedo de cada mano, levanten al flechero. Andando con él......

El flechero fué llevado en peso como una pluma.

—Ahora los del Consejo, con el índice, irán a levantar la stella, que deseo verla de pie en la fortaleza... ¡antes de morir!

Fueron los del Consejo, y levantaron el monolito, que fué llevado en peso, como el flechero. Las palancas y máquinas en la terraza lo pusieron de pie... Kicab expiró!

El mal estuvo en que el pueblo vió en esta parábola un sortilegio. (*)

EL POEMA DEL RÓDANO

De FEDERICO MISTRAL, Poeta Francés.

I

«Las embarcaciones que reinan sobre el Ródano, desde el alba primera, van a partir para León.» Son los condrillotes de Condrieu, que, «aunque llevan pantalón de cuero, hacen ir a sus madamas y a sus hijas de veinticinco alfileres y altivas como las de la ciudad. Mujeres señoras, las bellas condrillotas,—tan pronto como brota la hoja de la morera, ponen la bellota de los gusanos de seda a empollar al dulce calor de su fuerte seno y bordan el tul en encajes finos y cisura florida, por pasatiempo;—saben también picar con puntos menudos la piel para guantes, y, excelentes nodrizas, paren un robusto bebé todos los años.»

......e, bóni nourriguiero,
Tóuti lis an fasien un chat superbe.

(*) El mismo relato es asunto del poema inserto en el volumen «Poemas y Teatro» que lleva por título «Kicab el Grande».

Los hechos de la narración se pasan en este «tiempo de los viejos, tiempo alegre, tiempo de sencillez, en que sobre el Ródano se arremolinaba la vida.»

Apiano es el rey de la navegación de Condrieu (dueño de siete barcas). En la popa del *Caburle,* bajo la neblina, puesto en camino el convoy, reza el *Pater* descubierto ante la capilla, en su barca.

II

En la estación Vernaixon, un joven toma pasaje. Es el príncipe de Orange, hijo del rey de Holanda, rubio, familiar, inquieto, melancólico. Guillermo pregunta si conocen una flor que se parece a la flor de esmalte cincelada, que cuelga de la cadena de su reloj.

Los bateleros: «—Pues es la *flor del Ródano,* mi hermoso príncipe,—el junco florido que se alimenta bajo la onda, y que la Anglora tanto gusta de recoger.»

—¿La Anglora?

Es la joven a quien profesa una amistad respetuosa todo el equipaje. Juan Roche, el de la popa, es el que le demuestra más inclinación.

La flotilla toca en Givors. Se ve el lugar de los Alpes por donde pasaron Aníbal y Napoleón, y que franquean los pastores «seguidos de sus innumerables corderos, el cayado en la mano, tocando el pífano».

III

Bajan el río. Se habla de la Anglora. El príncipe piensa en ella y contempla el paisaje:

«—Ora, he allí a Saint-Vallier y sus terrazas: aparición ilustre en lo alto, brilla Diana de Poitiers, la hechizadora del rey Francisco I, la gran duquesa de ese Valentinado que baña el Drôme, la condesa de la estrella clarísima que engatusó son su amor toda la corte de Francia. Pero Diana ha muerto, huye hacia atrás en el cuadro movible de lo que pasa al rededor de las naves, que van como alciones, y por hoy la Anglora, la pequeña cuyos pies desnudos huellan la arena mo-

vible, la Anglora es la vida, el porvenir, la ilusión de los que se van a la haz de la onda.»

—¿Lo amará la Anglora?, esto conversa Juan Roche con el príncipe.

Llegan a la roca llamada *Mesa del Rey,* donde almorzó San Luis:

«En círculo, las barcas en torno de la gran mesa roqueña, se han alineado de proa. De la carena han surgido inmediatamente marmitas, calderos, panes de cebada y rollos de salchicha, y quesos de cabra...... El patrón y jefe, a horcajadas sobre el barril lleno, en medio de la mesa, preside, y con una mano que mantiene en el caño, hace brotar, para cada uno en las tazas, el mosto alegre que cintila al sol...»

«—Viva el Rey! (Continúa el almuerzo en la mesa de piedra.) Terminan por la sopa, y derramando el vino de la fiesta en el pisto de leche y azúcar, que sienta bien al estómago, según sus modos, cada uno sorbe la sopa de vino.»

Se danza. Se canta. El patrón de las barcas, Apiano, moraliza:

«—Hijos, dice el patrón Apiano, la vida es un trayecto semejante al de la barca: tiene sus buenos y sus malos días. El prudente, cuando ríen las olas, debe saber conducirse; en las rompientes debe filar suavemente.

Pero el hombre ha nacido para el trabajo, ha nacido para navegar......

¡Que no me hablen de esos posmas que de nada están contentos! Al que rema, al fin del mes, le cae su paga, y el que tiene miedo de las ampollas de la mano se zabulle en el remolino de la miseria. ¡Desde las barcas, desde hace cincuenta años,—por lo menos, sí,—los he visto de toda suerte! Pero yo estimo que es preciso, entre el *Imperio* y el *Reino,* (*) como entre el abandono y la suspicacia, mantener el término medio. Hemos banqueteado... y bien, hijos, demos gracias al buen Dios, y que a la vuelta ninguno falte en el equipaje.»

El príncipe de Orange: «—Viva la Anglora!»

(*) *Imperio,* significa en el lenguaje de estos bateleros, orilla izquierda del Ródano; *Reino,* orilla derecha.

«El tren náutico, con sus blancas tiendas, llega a Valence, las torres de cuya Iglesia en la extensión límpida, lanzan al espacio el nombre de San Apolinario!»

IV

Al dejar a Valence, se embarcan tres venecianas y dos caballeros que los bateleros creen altos personajes. El príncipe averigua que la Anglora irá en la *Caburle* a Beaucaire, al comercio de sus pajillas de oro que recoge cerniendo las arenas del río Ardéche. Las venecianas cantan desde otra barca «La canción del Rey de Holanda», en honor del príncipe.

V

Pasan Montelimar, el Burgo-Saint-Andeol, el puente del Espíritu Santo, las islas que en el Ródano forman el archipiélago de Malatra,—de donde es la Anglora. Hela aquí:

«La mano en las caderas, a la orilla del gran Ródano, con su bello vestido de domingo, y en la mano su esportillo de junco fino, la Anglora esperaba sonriendo......»

«No era más que morena, pero una morena clara, o por decirlo mejor, el reflejo del sol la había dorado, y tenía ojos de perdiz en que difícilmente se podía adivinar si reían, infantiles, o de alegría loca, o bien de burla.»

VI

«Oh, la atracción del líquido elemento cuando salta en las venas sangre nueva!»

Anglora no tiene miedo al Drac de ojos verdes, al genio del río.

En una noche de estío, bañándose, creyó ver al Drac. «Balanceándose como un dios, blanco como el marfil!...... Tan pronto como ella abría los ojos hacía el duende, (un hermoso joven,) que, rodeado de un fulgor lechoso, parecía esperarla en sus brazos, un extremecimiento de amor espontáneo la sumergía en languidez bajo la bóveda del cielo y la hacía desfallecer dulcemente.»

«En un momento en que la oscilación del río la levantaba y la envolvía del todo a la inversa, los cabellos flotantes y los ojos cerrados por el temor de ver salir sobre el agua el extremo de su cuello, súbito, como el relámpago, siente al rededor de sus caderas, un roce, una delicia, que la ha azotado con un fresco halago. —Ay! Se endereza con sobresalto, con la vuelta de la mano echa atrás sus cabellos que chorrean, y ve, huyendo en la masa líquida, una sombra vaga, serpentina y blanca, que desaparace. Era el Drac.»

El Drac había ofrecido, en la escena pasada en la turbidez de las aguas del Ródano, a la Anglora,—con su mano afilada,—una flor de junco, la flor del río. Las viejas de Malatra habían hablado del Drac a la joven: este genio del río, este demonio, este duende, «tiene los ojos glaucos, los cabellos de algas, los dedos palmados como las nereidas, aletas de encaje azul.» (*) En las ondas del río, que transparenta la luna, forma ramilletes de iris y de nenúfar.

Esa vez que lo vió, «instruida de sus maneras habituales, la Anglora lo reconoció perfectamente, pues halló en el mismo instante en su regazo, la ombela rósea de un junco florido.»

«Sin embargo, a pesar de su turbación, tomó ella, felicísima y llena de ensueño, la flor que ondeaba... y se volvió a su lecho...

«Ah, cuántas veces, la joven, ese estío—en sus languideces de cálida velada, en las lunaciones clarísimas de septiembre,—volvió al delicioso incentivo del reencuentro.»

Pero... el Drac huye al signo de la cruz.

VII

A bordo del *Caburle.*

Juan Roche recomienza su galantería: la Anglora lo rechaza riendo.

He allí al príncipe: entre sus dedos retuerce una brizna de flor de junco.

(*) Charles Maurras.

Ella ha palidecido.

El príncipe: «—Te reconozco, oh flor del Ródano, descogida sobre el agua; flor de la dicha que entreví en un sueño!»

La Anglora: «—¡Drac, te reconozco! Pues bajo el estero, te he visto en la mano el ramillete que tienes. ¡En tu tocado de oro, en tu piel blanca, en tus ojos glaucos, hechizadores, penetrantes, veo bien quién eres tú!...»

Ella toma la flor que él le ofrece «pues los amores van pronto una vez que se hallan en la nave que les transporta, predestinados, sobre la onda...»

Aparece, sobre el río, el puente del Espíritu Santo, que da entrada a la Provenza.

Como los viejos marinos, en las rocas de Donzére, han apercibido alguna vez al Drac, dudan que el Drac sea el príncipe, y sospechan que su amiguita ha bebido en la fuente de Tourne, que hace «virar» la cabeza.

La Anglora:—«No habléis de esa fuente, pues vuestra suerte está allí escrita.

«Sobre la obra muerta, semejante a una sibila, elevó entonces la virgen su brazo desnudo, y, en el orgullo y en la embriaguez de su sueño, les dijo:

«La fuente de Tourne es un oráculo! Los que la han visto, esa fuente de Tourne, me servirán de testigos, si lo ponéis en duda. El agua sale allí de una roca cubierta de viñas salvajes, de clemátides, de bojes y de higueras, formando un reservorio que llaman el Grande-Gur.

«En la pared de la roca, en un encuadramiento que da al Ródano, están en lo alto, grabados desde quién sabe cuántos siglos, el sol y la luna...

«...El sol y la luna que acechan, hacia el centro, un buey, al cual un escorpión va a picar en el vientre, y un perro va a morderlo. Hay una serpiente, que ondea a sus pies. El toro, más fuerte que todos, se tiene firme; pero un joven, cuyo manto ondea, un joven altivo, tocado con un gorro frigio, le hunde en la cerviz su daga y lo mata. Sobre la trágica escena un espantoso cuervo extiende las alas... Adivine quien pueda este misterio».

En seguida refiere la Anglora la interpretación que da a este bajo-relieve de la fuente de Tourne, la hechicera del Bourg:

«—Mira el grabado que hay sobre esta roca! Las badas encantadoras que frecuentaban otro tiempo nuestras grutas, las mismas lo han labrado, pequeñuela! El buey que ahí miras, el *Rouan* que trabaja a la vista del sol y de la luna, en el propio medio, ¿sábes tú lo que eso representa? Es la antigua batelería del río Ródano, a quien atacan por todas partes, a quien de todas partes asaltan la malignidad, el vaivén de la onda. La gran serpiente que se anuda bajo de él, es el Drac, dios del río, y el que desgüella el toro, el fuerte joven que lleva en su cabeza un gorro escarlata, (¡acuérdate de mi predicción, pequeñuela!) es el destructor, que debe un día matar la marinería, el día en que, para siempre, haya salido del río el Drac que es su genio!»

Los bateleros se ponen serios.

«Pues en las bandas, aquí y allá, corrían rumores de bastante mal agüero. En las barcas los señores de León hablaban ya de los grandes botes de vapor que por máquina, sin caballos haladores, sin cables ni pontón, remontarían contra la corriente...

«—¡Vamos, algunos tontos podrían creer esas faramallas!, bramaba Maese Apiano, cuando se conversaba de esas invenciones.

«Pero si eso pudiese suceder, ¿qué sería de tantos y tantos hombres que viven del trabajo del río, bateleros, carreteros, alberguistas, esportilleros, cordeleros, todo un mundo, que hace el bruhahá, la multitud, la animación y el honor del gran Ródano?

«¡Pero no véis que habría por qué aplastar, ¡voto al chapiro!, a arponazos, a todos esos miserables explotadores del pueblo, a los perturbadores y a los inventores!...»

VIII

La Anglora habla de las apariciones del príncipe en las aguas del Ródano.

—«Pero, amiga mía, si yo te dijese que te engañas y que hablas con el hijo del Rey de Holanda?, le preguntó de súbito Guillermo.—Mi Drac, respondió la Anglora, pensaría que tú te transfiguras en cualquiera forma que es para tí agradable, y que, si te llamas príncipe de Orange, como se lo haces creer a los marineros, es por algún capricho o loca fantasía, que sobrepasa mi comprensión... Pero yo te conozco de larga fecha, y, mi hermoso Drac, ¿para qué ocultarte? Bah, te he adivinado en sólo tu aire de príncipe, tu coloración joven y fresca como el agua, el azul claro de tus ojos y en tu barba más dorada y más fina que la flor del iris amarillo.

Y Guillermo la deja en su engaño, casta y siempre lista «a apartar de su cintura la mano del joven príncipe, un poco aventurera». —¿Por qué amas esta flor de junco?, le pregunta ella. —Es que se te parece!

Incidentes del viaje: una barcaza de forzados que va a Tolón; en Aucezune los señores llevan en su blasón un Drac con faz humana; el pasar por Orange el príncipe se entristece en presencia de la cuna de su familia; por fin, Aviñón, donde el príncipe almuerza con las venecianas. Desesperación y celos de la Anglora. Pasan Tarascón. Por fin arriban a la feria de Beaucaire que es el término del viaje: allí hay turcos, judíos, catalanes, griegos, italianos, provenzales. La Anglora vende su provisión de pajillas de oro a un platero. «El todo monta a veinte escudos». El joven dice: «—Orfebre, con ese oro nos haréis dos anillos lisos de desposados: poned el Drac sobre el uno y una *salamandra* en el otro. Eso será nuestra feria de Beaucaire.»

(*Anglora* significa *salamandra.*)

Las venecianas se vengan: un desconocido da al príncipe un golpe con un saco lleno de arena, y lo deja sin sentido.

Pasada la feria, las siete barcas van de vuelta, remolcadas por potros divididos en cuadrigas. Transportan grandes riquezas que llevan de la feria. Apiano se santigua.

La Anglora anuncia su matrimonio a los marineros del *Caburle.*

El Príncipe: «—¿Escuchas el mistral que sopla? Es la música majestuosa que anuncia nuestras bodas. Es el aire del

Ródano, el cielo, los frondajes, que de concierto, nos cantan un preludio».

Sopla, sopla el mistral.

«—Sabes tú, dice el príncipe, de la roca al pie de la cual rumorea la fuente de Tourne?—Lo sé, lo sé dice ella, una vid silvestre y un loto enraizan en torno de la roca, junto con un higuero y ramas de zarza. Yo he ido allí.—¿Qué otra cosa has visto?—El Sol y la luna, grabados por las hadas sobre la roca, que os miran con los ojos huraños. —¿Qué otra cosa has visto todavía?—Un buey al cual amenaza picar un escorpión, mientras que un perro vil va a morderlo y un joven se levanta para matarlo.—¿Qué otra cosa has visto todavía?—El Drac que serpentea».

«Guillermo de Orange se calló por un momento».

«En el alma pensativa de Guillermo, aparecieron a la margen del Ródano, el altar del dios Mithra, la fuente de Tourne, que surge allí profunda y clara, con el simbolismo de las antiguas religiones,—el zodiaco de signos prodigiosos, que llenaba de horror sagrado a los adoradores del gran sol blanco, cuando subían, en otro tiempo, o descendían el río para hacer sus devociones, en calidad de peregrinos, al dios Mithra,—el sólo Invencible. (Deo soli invicto Mithra»).

«Y decía para sí mismo: oh, sol de la Provenza, oh, dios que haces nacer las *angloras*, que haces salir del seno de la tierra las cigarras, que en mis venas palidecidas y mórbidas revives la sangre roja de mis abuelos, dios rodanense a quien oprimen las circunvoluciones del Drac, en el Bourg, en León y en Arlés, y a quien todavía en nuestro tiempo, hacen el sacrificio inconsciente del toro negro, en las Arenas; dios que disipas la sombra alegremente, y cuyo altar desierto y el rito abandonado en el olvido, guarda una ribera desconocida, —yo, un bárbaro, el último tal vez de tus creyentes, quiero en tu altar ofrecer como primicias de mi felicidad, mi desposorio».

Terminadas las bodas, según el príncipe, se hundirían los desposados en el gran remolino de la fuente.

No habrá sacerdote, pero la encantada Anglora espera que el gran San Nicolás, cuya capilla domina el puente del Espíritu Santo, le dará su bendición, que ella tendrá el cui-

dado de pedirle, y además, el Drac teme la virtud del signo de la cruz.

Las barcas tocarán pronto en Malatra y la Anglora está próxima a llegar a casa de su padre y de su madre.

El príncipe le da cita para la media noche siguiente y ella acepta...... Pero...

La catástrofe se acerca.

«¡Ah, bella juventud, eterno reclamo! El viento había cesado en la amplitud y el silencio del gran Ródano, los hombres soñolientos, la caravana remontaba lentamente bajo el sol estival; a largos trechos, una gaviota revolaba a través del río...Súbitamente se eleva en la lejanía del Norte, un sordo murmullo. Perdíase en el horizonte, después zumbaba todavía, como la cítola de un molino furioso, que descendiese por la ribera. Luego era una tos absconcia, que iba siempre en aumento, tos reprimida, como si fuese de un toro, de un dragón que siguiese las sinuosidades del archipiélago. Después un estremecimiento súbito removió la onda, haciendo dar un salto a la batelería, mientras que, aguas arriba obscurecía el cielo una oleada de humo; y detrás de los árboles apareció de pronto, hendiendo las aguas del Ródano, y alongado, un bote de vapor.

—«Apártate!, gritó el capitán, y todos los del bote hacían signo para que se apartase la caravana. Pero semejante a un roble, inmóvil en el timón, el viejo timonel le respondió:—¡Desalmado!, que se aparte ante tí, el *Caburle*? El Ródano es de nosotros... Y deja de tirar la malla por mil diablos!...

Y el patrón no había cerrado la boca cuando el *Crocodilo* (era el nombre del vapor), filando como un relámpago ha cogido la barca por uno de sus lados. La arrastra con ímpetu, y semejante al perro que sacude su presa, todo en desorden, revuelve el convoy. Se enreda en los cables en medio de las barcas, entre las cuales se abre camino, arrastrando en el surco que ahonda en pos suyo, toda la flotilla... ¡Oh desgraciados! Los grandes caballos reculan arrastrados por la malla, hacia el Ródano, con los carreteros que lanzan gritos en presencia del agua enfurecida.»

La *Caburle* se quiebra en el puente del Espíritu Santo. En el choque desaparecen Guillermo y la Anglora...

Juan Roche (después de buscarlos en las profundidades del río): «—Ah, va, buen príncipe! Desde hace tiempo yo había observado sus manejos. ¡Y quién dice qae no es el Drac del Ródano que desde antes, instruido del gran naufragio, nos ha seguido de trayecto en trayecto, para llevarse a la Anglora a sus abismos?»

El patrón Apiano: «—Para todos, ha acabado hoy, el gran Ródano».

MISTRAL Y LOS FELIBRES

Después de estar en compañía de Mistral dos semanas—que no otra cosa que hablar con un autor es leer una obra suya,—en este caso, el *Poema del Ródano*, no le dejaremos sin tomar al lápiz un croquis del personaje,—como un recuerdo;—también,—como un placer.

Ahora bien, aunque Mistral tiene una personalidad muy grande, esta personalidad está vinculada a una agrupación,—a los *felibres*,— como un retrato al fondo que le hace resaltar oponiéndole y armonizando con los suyos sus colores.

¿Y qué son los *felibres*?

Hélo aquí.

En mayo de 1854, día de Santa Estrella, siete poetas de una provincia de Francia, la Provenza—se reunieron en un castillo...y resolvieron,...una gran cosa...cantar, cantar, como las cigarras del país (perfectamente iguales, en tamaño y en dibujo a nuestras cigarras...)

Se llamaron felibres, porque Mistral, que fue de la junta, escogió la palabra tomándola de un antiguo verso provenzal. que dice que María halló a Jesús «entre los siete felibres de la ley».

«Eme li set felibre de la léi».

¿Por qué siete poetas? Porque el número siete es querido en Provenza. Siete poetas fundaron los juegos florales. La palabra «felibre» tiene siete letras. Siete la palabra «Mistral».

El siete es compuesto de dos triadas: 3+1+3, «o más bien de una *diada* de *triadas* ordenadas y unidas por una *mónade*»... Los felibres se propusieron: 1°. Purificar el provenzal de galicismos y barbarismos. 2°. Uniformar su ortografía. 3°. Despojarlo de las bajezas de los «patuasistas».

Era un precepto de la asociación almorzar juntos una vez al año. Recitar poemas y canciones a los postres era otro artículo constitutivo. Al influjo de este movimiento, Mistral escribió *Mirella*.

Esta obra que para nosotros sólo ofrece el lado universal, para la Provenza significó la creación de su idioma; es «el dialecto arlesiano extendido, enriquecido por préstamos hechos a los otros dialectos provenzales, y aun a todas las diferentes fablas de la lengua de oc».

Mistral es, pues, un filólogo y un gramático de primer orden.

Trabajó después en su poema *Calendal*.

Por lo que hace a los felibres han llegado a organizarse en una Confederación formada de Escuelas autónomas, agrupadas en Mantenencias. Son regidas por un Consejo de cincuenta mayorales. La Presidencia de toda la Asociación reside en el Capoulié, que es Mistral.

Hay otra cabeza visible, que es la Reina. Ha habido tres Reinas: la Señora de Mistral, la Señorita Teresa Roumanille, que es la hija de uno de los poetas del *felibrige*, y la Señorita María Gerard, (después Señora Joaquina Gasquet) que es la graciosa majestad hoy reinante.

Bajo estas formas atrayentes se esconde un trabajo patriótico, histórico, literario, filosófico, moral, cuyo principal resorte es el recuerdo de que el país es heredero del genio de la antigua Grecia, de que fue una colonia.

COPÁN, SAGUNTO DE AMÉRICA

El río de Copán ha derruído el muro de 40 metros de altura, que provisto de una esclusa permitía innundar a los sitiadores, y comunicaba por medio de un acueducto el anfiteatro construído en un descanso de la pirámide, con el despeñadero que da sobre el mismo río. El campo sonriente que se extiende más allá del río es de los ocupados por Hernando de Chávez y Pedro Amalín, con sus españoles y aliados, en 1,530. Defienden la ciudad de Copán 30.000 hombres y entre ellos se cuenta el contingente aguerrido de Sonsonate; pues el Galel de Copán es el señor de Citalá, un jefe de la raza pipil, como Atlacatl, el Señor en Cuzcatlán. En medio del conflicto, una nueva Florinda, como la que produjo la pérdida de España, es entregada como primera esposa para el harem del Galel, lo cual ignora su prometido, el jefe Chilam-Balaní, pero presumiéndolo al saber su desaparición, en una ceremonia, osa levantar el velo de la primera esposa del Galel, y profana así las naumaquias celebradas en honor del dios de las aguas.

Opinan los jefes que se despeñe a Balaní con el torrente de agua que por el acueducto va a caer en el río. Pero el Galel lo conduce al interior de sus salas ornamentadas, le hace mutilar desnarigándole, y le presenta a la corte. Todos sueltan a reír, excepto In-Nicteob, que se desmaya, mientras el jefe huye, cubriendo sus antes atractivas facciones. El Galel desciende las escalinatas de la pirámide, y he allí, ante la Estrella de la Mañana con el Ahau al cuello, que marca el principio de los diez y ocho períodos venusinos y el cablistok o diamante cuadrado por orejera, de Estrella de la Tarde, y sobre el altar que está delante, jura que vencerá en la contienda o habrá acabado la famosa Copán con todos sus habitantes. Los jefes aclaman al Galel, que les exige que confirmen con entera solemnidad su juramento. Sumisos al ejemplo del grande Homero, describiendo el escudo de Aquiles, no retrocederemos ante el ara de la Estrella. 36 katunes en la superficie superior, ostentan lapidarios,—el primero y el segundo—, la fecha sagrada de la Era de la Es-

trella. Un zig-zag nos subraya el mes del Trueno. Sigue el signo flameante 12 por 312 que equivale a 3.744 años, que abarca la Era de Venus, en la fecha del ara. El 5o. y 6o. katunes son la atadura y la mano cortada que se leen HAAB-SOC, cuenta de años solares, y—13-7 de Cauac—, final del 13 Ahua Katún, esto es, del ciclo de 312 años,—o ciclo histórico, cuya terminación consagra la piedra; correspondiendo esta fecha que es de la erección del ara y de la estatua, en nuestro calendario, al año de 1.392, cien años antes de la llegada de Cristóbal Colón. Se ha obtenido esta fecha por la cronología venusina y no por la lunar que es la única usada y que suministró el célebre Pío Pérez.

Después de jurar en el ara de la Estrella, el Galel y sus jefes pasan a la Gran Plaza. Treinta mil hombres llenan este vasto recinto de graderías monumentales. Los jefes peroran al ejército: proclaman que todos hagan y confirmen el juramento de Galel, lo primero, ante los dioses mayores, el dios Kin y la diosa Uu. La diosa Uu ostenta en su tocado la concha de las lunaciones, los novilunios por pupilas, en fin el Katún de los 20 años lunares entre las manos de posición litúrgica. Sobre los brazos, a cada lado, reposan las fauces estilizadas del Cambicéfalo, que es el Cielo.

El Sol está formado de iguales atributos y de los suyos propios: los días, los años, los solsticios, los equinoccios. Mira hacia el Este.

Juran en grupos enormes, pero no basta: otros juran sobre el Ac, la tortuga simbólica, donde la ecuación: 8 años del Sol igual cinco revoluciones synodales de Venus, se enfrenta a la Venus gigantesca de 15 pies de altura y que domina la Gran Plaza. Enormes caracoles dan señales raucisonas y contestan a los desalentados atambores de Chávez y Amalín. Todos los guerreros acuden a reforzar las murallas y los fosos. Nadie se ha acordado de jurar por los antiguos dioses; la Luna antigua con su propio símbolo y la primera lunación entre los reveses de las manos; la trecena de días con que forma la semana y el Tonalámatl, y el reverso en que están los prodigiosos 46 tonalámatls en que se juntan las tres cronologías lunar, solar y venusina dife-

renciándose del cálculo moderno en un 112 milésimos de día. Han pasado las primeras horas y el rubio Kakmó, el pájaro de fuego, va a incendiar el Cenit, haciendo grata la arboleda. He allí en un hueco del boscaje, una faz que suspende: es nuestra Florinda. A su encuentro sale un enmascarado; y murmura: —In-Nicteob!... Ella dice:—me habéis dado cita para morir; por eso he venido. —No para morir, dice el elegido Balaní, para vivir; he atravesado la inmensa caverna de Tibulca, cuyos secretos están a mi cargo. Los príncipes y grandes de Copán han depositado allí sus tesoros, a todo evento: montañas de joyas, cuajadas de piedras preciosas duplican sus fulgores con las techumbres y columnas de estalactitas y estalagmitas. Pues bien, he hablado a Amalín y al jefe Hernando: les he mostrado mi rostro mutilado por el Galel; y ellos me ofrecen el tercio de las riquezas y un palacio para tí, a cambio del paso por la caverna al interior de las fortificaciones. Tomó ella de la mano a su prometido y le llevó ante el dios del Amor. —Mira al dios del Amor, le dijo: en el reverso tiene la Belleza, la Tierra redonda,—la producción toda,—La Música y La Poesía. Pero en el frente, entre las manos, como principal atributo, tiene la sagrada atadura: la reflexión, la sabiduría y el cálculo. Así este Ah Can Wolcab nos está diciendo que el amor tiene por base la sabiduría. Hoy por hoy se trata de salvar el Gran Señorío, o de morir: abriréis la compuerta que da paso por el río; pero cuando el enemigo haya pasado, cerraréis la esclusa, y abriréis la de Tibulca, y vendréis a juntaros conmigo: yo gusto en verdad de las joyas y puesto que allí hay en estos momentos a maravilla, me sepultaré con ellas, con los prisioneros de guerra, con los enemigos y... contigo...

Así sucedió, y tras varias peripecias de la guerra, dice la Historia, que de toda la gran ciudad de Copán solo sobrevivieron siete habitantes. ¡Copán fué, pues, una Sagunto, una Numancia!

3 DE NOVIEMBRE

¿Conocéis ese estado de irresolución en que nos hallamos en cierto momento de la juventud, cuando se modifican las creencias, los sentimientos, las ideas sobre la naturaleza, sobre la sociedad, sobre el individuo? Es el momento en que de un sér surge otro sér; en que de un hombre surge otro hombre. Esas horas de irresolución y melancolía están pintadas en los siguientes versos:

NOCTURNO

—Es por ventura un brujo o un hechicero,
amigo Ricardo?

—Es simplemente un hombre que sufre,
Señorita Diana.

WALTER SCOTT.

Acercóseme el viento de la tarde
Que venía del mar y así me dijo:
—Si quieres suspirar aquí me tienes;
Iré donde me envíes.
—No suspiro.

—Mira, dijo, la Luz, el horizonte,
El sol poniente, los profundos cielos:
Yo soy la hija del día: goza; gózame.
Yo respondí:
—Tengo ojos y no veo.

Llegaba la armonía en ondas mágicas,
invisibles bandadas de arpas de oro:
—Siente, me dijo, y óyeme y consuélate.

Respondí:
—Tengo oídos y no oigo.

Me miró una mujer, y
—Qué más quieres?
Me preguntó.
—Algo falta.
—Soy tu amada:
Toma mis manos.
—Algo falta.
—Toma
Mi corazón, mi ser...
Y yo:
—Algo falta.

Amorosa y gentil, ceñida en púrpura,
La altiva gloria atravesó los aires:
—Puedes, dijo de paso, darme un nombre?
Dime si puedes?...
Respondí:
—¡Quién sabe!

Y escuché al vino que entonaba un canto:
—«En la honda copa deposita el alma:
«La cabeza en el seno de una hermosa:
«Soy el placer».
Y yo le dije:
—Aparta.

Y vino un ángel de rosadas plumas,
Y rodeado del fulgor de un orto:
—Qué digo de tu parte, preguntóme,
Cuando vuelva a los cielos?
—Nunca oro.

Llegóse la Locura:
—Ven, me dijo,
Tu vida será el sueño de un fantasma:

Ya nunca con el pecho desgarrado
Llorarás.
Respondíle:
—Pasa, pasa.

Y el mar entonces:
—Mis azules ondas
Guardan la calma en su profundo seno.
Ven, decía el inmenso, ven, descansa.
Cien veces exclamé:
—¡Qué horrible sueño!

Un genio triste, hermano de la Noche,
Llena de angustia la sombría frente:
—Soy, me dijo, el Dolor que no se queja.
Soy incurable, soy amargo.
—Quédate.

Y pasaron más genios y más sombras,
Porque soplaba el viento del destino:
Todos los ví pasar, siempre a mi lado,
Mi amargo y triste, mi implacable amigo.

* * *

En ciertos momentos de la vida, en que se duda con la duda producida, en filosofía por los cambios que hace en nosotros el estudio; en la sociedad por las primeras lecciones de esa dura maestra que llamamos la experiencia, hay una virtud salvadora que viene al encuentro y en auxilio de quien ve combatidas todas sus virtudes, es decir, todas sus fuerzas: el sufrimiento.

El sufrimiento inspiró el *Nocturno.* Él aparece en este *Poema en Prosa.*

POEMA EN PROSA

Un día la Naturaleza, antes de salir el sol, se levantó de su cama con esa agilidad un poco nerviosa que se tiene cuando se ha pasado una noche de insomnio: especie de actividad acalenturada, triste, lánguida.

Realmente no había dormido.

—Dame, le dijo a su doncella, el buril y los pinceles, fuego y luz. Ya se pusieron las estrellas, el sol aún no ha salido: voy a trabajar sólo con la aurora.

Y así como sucede a los poetas y a los artistas, que de lo imprevisto, de lo inesperado, esto es, del capricho que sobreviene por ley desconocida, sacan una obra acabada e inmortal,— la dama nobilísima, desvelada y febril, cinceló y regó matices loca y profusamente, resultando de ese espasmo divino una forma de mujer que se apresuró a colocar en la cima de una montaña, donde recibiera los primeros rayos del sol que siempre dan el último toque a los plumajes de las aves y a las hojas de las flores.

Fué ese un día de novedad.

Vino la inundación de la luz despertando los aires y estimulando el concierto de los pájaros del trópico: halló sobre la montaña, en la cumbre que antes que todo suele dorar diariamente, la bella figura en actitud celeste, como si un ángel hubiera querido dar ese día una sorpresa desconocida y se hubiera parado ahí, descendiendo de las nubes.

Le dió el sol una mano de oro de cien quilates. El oro de cien quilates viene a ser la sustancia del día, o sea la luz; de donde colegían los sabios de la Edad Media que Dios hace un consumo de oro sólo para el alumbrado de los tres continentes antiguos, de cien millones de onzas de oro por minuto.

—¿Por qué, señora, dijo la ayudante o doncella de la Naturaleza, por qué se ve venir de por allá lejos, una bandada de águilas?

—Es, respondió la matrona, que han visto esa blancura coronando el monte. Vienen a verla.

—Oíd, señora. ¿Podéis decir qué es el estremecimiento que se hace sentir en la selva?

—Es el paso de los leones.

—¿Vienen?

—Han visto una forma de mujer, colocada a manera de llama blanca en la cumbre.

—Ved, tras la falda del más lejano monte asoma el disco límpido la luna.

—Es por verla.

Pronto se vió en torno de la obra maestra una multitud más formidable que una ciudad congregada, pues aquella muchedumbre eran las especies todas de la Naturaleza.

La Naturaleza ofreció desposar a la beldad con el individuo, o dígase cualquiera de sus criaturas, que le diese arras de tanto valor que llegase a cautivar a una mujer de forma tan celestial que en verdad se hallaba muy bien entre las nubes y tocando a los cielos. El águila caudal enderezó el vuelo a la cima de la montaña.

Todos vieron la balanza gigante cortar el viento y perderse en las nubes.

Pudo oírse en aquel momento de vida sobrenatural, que el águila decía a la hermosa:

—Del brillo de mis pupilas puede decirse que es tomado en la propia fuente del sol: mis alas son poderosas.

La hermosa no se dignó volver la vista. Y pasó el águila.

Llegóse el león. Sencillo y formidable el rey de la montaña dijo:

—Desconozco el miedo. Toda la multitud bajó la vista, completando así el elogio más grande que puede hacerse al orgullo.

La deidad permaneció inconmovida. Fuése el león.

Así llegaron, uno por uno, todos los seres; íbanse llorando, despechados, con el alma abatida de amor y ansia.

Los hombres pasaron y hubo de recogerse sus opiniones.

Los más sabios dijeron:

—Esa belleza en la cima, es precisamente como la nieve inmaculada y sempiterna del pico andino o de la altura alpestre.

Los hombres semibárbaros y astutos dijeron:

—No emplearemos el tiempo en su contemplación: esperemos que la nieve baje en forma de río; la cargaremos con nuestras naves; que atraviese los campos convertida en mil fuentes y arroyuelos, y cubriremos sus márgenes de siembras, y ese resplandor de las alturas nos servirá en el valle para sembrar nuestras patatas.

Algunos hubo entre ellos que no sólo no lamentaron no poseerla, sinó que dijeron que esa mujer, parada en esa cumbre, era llana y simplemente inútil.

Mas los más, toda la muchedumbre, exclamó unánimemente:

—¡Es bella!

Llegó la noche, y, en la densa oscuridad, en las altas horas estrelladas, se veía esparcir una claridad vaga y tembladora, como la de la nieve, semejante a una visión, a aquella virgen de pie aún en la cima.

A esas horas escalaba la montaña un viajero.

—Allí va uno, dijeron las águilas, viéndole con sus ojos como brasas, desde los escarpes rocallosos. No hay que hacerle nada.

Los leones movieron la cabeza y se azotaron los flancos.

—Ese va, dijeron con impaciencia, a la cumbre.

Voces se oyeron que decían:

—Hay que dejarle hacer.

Los leones se volvieron a echar bajo los espesos matorrales.

El viajero continuó.

Los demás animales, y aún algunos ricos hacendados de la montaña, dijeron al verle pasar:

—Tan noche y por la selva: lo hace en abnegación por la mágica visión de la montaña: es algún insensato.

—Estoy, le dijo el peregrino a la obra maestra de la Naturaleza, como todos los seres, enamorado de tí. Tengo las arras que pide tu madre.

—¿Tienes la vista del águila?

El viajero enmudeció.

—¿Y el valor del león?

El mismo silencio.

—¿Y la prudencia de los hombres?

Calló otra vez el viajero.

—Sólo sé, dijo por fin, que poseo el amor y por mucho que valgas, puede igualarlo el sufrimiento.

—¿Sabes que soy una diosa? Yo soy la poesía, esa que prueba el doble fondo y la profundidad de todas las cosas. ¿Qué cosa es más alta y sublime que el sol? ¿Qué cosa es más baja y sublime que el guijarro? Tienen, sin embargo, como lazo de unión, *a la chispa*. Así soy. Palpito en todos los seres y por eso todos los seres palpitan por mí.

El viajero respondióle:

—Te amo.

—Pues bien, iré contigo: Sabré que si acaso no me expresas, me sientes; haré de tu amor tu martirio: tu mudez y tu afán, encerrados en tu corazón, te ligarán a mí... Sufre.

LA VUELTA DEL HÉROE

La sorpresa fué grande en Tlapallan—llamada por los cronistas «la misteriosa»—: el héroe que llevaba el nombre de la Estrella de la Mañana, estaba de vuelta. Volvía después de muchos años, después de ser rey y pontífice máximo en la Tula de Anáhuac—de ser rey por veinte años en la ciudad del Peregrino—y diez años en Mayapán.

En presencia de esta persona venerable todavía, pero muy demacrada, los ancianos recordaban al antiguo profeta, al tiempo de su partida de Tlapallan: era entonces un personaje de semblante benévolo, blanco y de barba y cabellos rubios, descripción recogida por el cronista Torquemada. Todos tenían presente su manto largo y flotante; su túnica también blanca, sembrada de flores negras, rasgo anotado por el venerable Las Casas. Recordaban el séquito que le acompañó en su viaje al Nordeste, hombres igualmente hábiles en las obras de arte y en las combinaciones de la ciencia, arquitectos, pintores, escultores, cinceladores, orfebres, joyeros, matemáticos, astrónomos, músicos, «como en las otras industrias para la

sustentación humana». Usaré de preferencia las frases vivas que los cronistas han tomado a la leyenda y a la tradición.

En fin, tenían presente su maravillosa carrera de héroe y de civilizador.

Pero el tinte de melancolía que sombreaba su rostro, tenía algo que era, no sólo la huella que en él dejara la adversidad, era, además, en el héroe milagroso, en el sér perfecto, el signo de los remordimientos y el descontento de sí mismo.

En un dios, como él era—que había podido tener la satisfacción de ver desde su teocali, que se alzaba en Cholula sobre una pirámide cuya base tiene cuatrocientos cincuenta metros por lado, el más hermoso paisaje de prados sonrientes y de volcanes coronados de llamas—este descontento de sí hacía ver lo que en él había de humano.

Estaba gravemente herido, no tanto por sus derrotas y por la saña de sus enemigos, cuanto por sus faltas.

Los sacerdotes de Mictlán de Tlapallan,—donde se le había erigido el famoso templo redondo que hallaron los españoles al tiempo de la conquista,—que habían ido a su encuentro, tenían deseos de escuchar sus palabras, pues les había hablado muy poco.

El Tecti o gran sacerdote, que llevaba una mitra con dos plumas de quetzal, y vestía gran túnica azul, cortó las alabanzas con que abrumaba al dios el agorero, poniendo, como dice una locución vulgar, el dedo en la llaga, y soltando la voz a semejantes razones.

—Escuchadnos, pues, Ceacatl Quetzalcohuatl (que este era el nombre de la Estrella de la Mañana en su idioma, que era el tolteca, o nahual, o nahuate) a fin de que luego nos refiráis cómo ha sido vuestro largo combate con la Luna. Aquí en Tlapallan, el rey de Cuzcatlán, llamado el Pez-Aguila, quiso restablecer el culto de vuestro enemigo; pero llenos de horror por los sacrificios humanos, los hijos del país de los collares alzaron en alto sus escudos de oro, y, elevando al trono un pastor, se restableció la religión de la Estrella de la Mañana, la vuestra, y prueba de ello es para vos este colegio de sacerdotes, este templo. Es pues, este an-

tiguo Tlapallan, el único país, al parecer, donde no os ha vencido nuestro enemigo el sanguinario Tezcatipoca, si, como es de temerse, habéis perdido la esperanza de que vuelvan al poder vuestros amigos en la antigua Tula de Anáhuac y en la ciudad pía, la famosa Cholula, célebre años hace ya por su santuario.

El grandioso peregrino pareció volver a la realidad de los hechos y las cosas, al oir estas palabras, y clavando en el Tecti su mirada, soltó al punto la voz y habló de esta manera:

—De cómo es más temible el enemigo que halaga nuestras pasiones y nuestra vanidad que el enemigo franco y desembozado, es un ejemplo la historia de los últimos años de Quetzalcohuatl, que os habla,—la historia del rey Vémac mi enemigo,—y la historia de la caída del famoso imperio de Tula. La Luna, que para los niños es poética, plácida y triste, y para vosotros los sacerdotes que leéis los jeroglíficos y los analtés, es terrible, es, sobre todo, para los dioses, una deidad rica en ardides. Entablada la lucha entre las dos religiones, he aquí que una noche la Luna desciende del cielo, deslizándose por una soga torcida con los hilos de la araña. En seguida se presenta en mi palacio bajo la forma de un anciano, mago, adivino o hechicero, y dirigiéndose a uno de los sirvientes, le dice:

— Quiero ver a tu dueño; quiero hablarle.

—Ve en paz, anciano, responde el sirviente,—no puedes ver a mi señor. Está enfermo. Puedes incomodarle y causarle aflicción.

Tezcatipoca insiste:

—¡Quiero verle!

Y entonces los sirvientes ruegan al hechicero que ahí espere; y vanse dentro y dicen: Hay un anciano (y dan las señas) el cual afirma que ha de ver al rey y que no ha de marcharse.

Respóndoles yo:

—Abridle paso, que ha muchos días que espero su venida. Pues, en verdad, había tenido un presentimiento enga-

ñoso ¡ay!, pues me anunciaba la dicha, y quien llegó fué mi enemigo.

Entra en seguida Tezcatipoca, y me dice:

—¿Qué tienes tú?

Y añade:

—Traigo una medicina que hoy mismo has de beber.

Y yo respondo:

—Sé bienvenido, anciano. Ha muchos días (¿fué acaso un sueño?) que espero tu venida.

Y el viejo hechicero entonces:

—¿Cómo va ese cuerpo? ¿Cómo estás de salud?

—Extremadamente enfermo, le respondo. Todo el cuerpo me duele. No puedo mover las manos ni los pies.

Entonces dijo Tezcatipoca:

—Pues bien, es necesario tomar esta medicina que yo tengo: es buena y saludable. Si la bebes, sentirás la embriaguez y el dulce alivio del corazón. Y acordársete ha de la grandeza y trabajos gloriosos de tu vida. Y arderás en deseos de partir, como en otro tiempo, en busca de la gloria, de marchar a países grandiosos que te aplaudan y comprendan, y escribirás nuevas páginas en el libro de tu vida...

—¡Oh!, sí, le respondí, pues toda la ambición despertó en el fondo de mi pecho; mas los enemigos, los sectarios de la Luna, han suscitado una guerra que ha abatido mi espíritu.

—Hay un país donde se te espera. Si en Tlapallan fuiste educado y en Tula has sido grande, en Tula-Tlapallan serás llamado el grande de dos civilizaciones: la tolteca y la maya. Aquí eres Quetzalcohuatl; allá estará otro anciano que te espera, y hablaréis juntos, y cuando vuelvas a Tula, serás joven como un muchacho.

Oyendo estas palabras, siento movido mi corazón, mientras el hechicero, insistiendo más:

—Señor, dice, la medicina, héla aquí: tomadla, pues.

Yo estaba aún meditativo; no quería beberla. Pero insiste de nuevo el hechicero:

—Bebe, mi buen señor, o, de no hacerlo, va a pesarte muy luego. O al menos, prueba al canto de la taza y gusta un sorbo.

Entonces gusté y bebí, diciendo:

—¿Qué es esto? Parece ser una cosa muy buena y sabrosa. Ya me siento sano y libre de mi enfermedad. Ya estoy bueno.

El anciano hechicero repuso todavía:

—Bebe una vez más, señor, puesto que es bueno; así quedarás curado del todo.

Y bebí otra vez, y otra y más veces, hasta embriagarme. Mi corazón se sintió pronto a nuevas proezas, con menosprecio de la corona y del centro de Tula, y no podía apartar de mi mente la idea de que debía ir, debía partir...... Tal era el fin de la impostura del insidioso Tezcatipoca, y la medicina era vino blanco de maguey que hoy llaman «teumetl» ...Partí... y aunque salieron a mi paso los habitantes de la planicie en que se alza el gran santuario, y me hicieron rey de Cholula, desde allí seguí con dolor la destrucción del poderío de la raza tolteca. La Luna, deidad pérfida, después de alejarme de Tula se propuso hacerse del poder de su rey Vémac y por medio de él aniquilar mi nuevo reino. Ved aquí cómo obtuvo sus funestos designios. Siendo los bárbaros el mayor número de sus prosélitos, emprendió la tarea de elevarlos al rango social y a las dignidades de los toltecas, y para esto acometió la empresa de ganarse la voluntad del rey Vémac, cuya casa había yo derribado, y vuelta al poder a mi partida, miraba con horror el poderío y grandeza de la Ciudad del Peregrino, que así se llamó la ciudad nueva en honor mío.

La Luna revistióse esta vez de las apariencias de un bárbaro, presentándose en la plaza del mercado de Tula, como vendedor de axi, y haciéndose dar el nombre de Toveyo. Asomóse la hija única del rey Vémac, a la terraza del palacio, que daba a la plaza del mercado, y vió entre los compradores y vendedores al dios Tezcatipoca, en la más perfecta figura humana que es dado imaginarse. Sintióse poseída de amor por él y en seguida comenzó a enfermar. El rey Vémac, advirtió su enfermedad y preguntó a las doncellas la causa. Ellas contestaron que el amor de un buhonero o vendedor de chile, a quien se conocía con el nombre de Toveyo, y que la enfermedad de la princesa era de muerte.

Envió Vémac un pregonero a la montaña de Tzatzitepec, con esta proclamación:

—¡Toltecas!, buscadme a Toveyo, el que anda vendiendo axi verde y hacedle comparecer a mi presencia. Entonces el pueblo buscó por todas parte al hermoso vendedor de chile; mas no pudo ser hallado. Cuando más se desesperaba hallársele, apareció en el mismo sitio del tiangue y con su misma mercancía. Llevósele ante el rey, el cual le dijo:

—¿Quién eres tú?

—Soy un extranjero que he llegado a vender axi verde.

Vémac dijo en seguida:

—Mi hija te ama con vehemencia, y no desea desposarse con ningún tolteca; está enferma de amor y tú debes curarla.

Pero Toveyo replicó:

—Esto no puede ser de ninguna manera; mátenme primero; deseo morir antes que oír estas palabras, pues no tengo otro medio de ganarme la vida que vendiendo axis verdes.

—Dígote, replicó el rey, que debes curar a mi hija de esta enfermedad; no temas por lo demás.

Entonces hizo llevar al astuto buhonero; le bañaron y cortaron sus cabellos, perfumaron su cuerpo, le vistieron magníficamente y le pusieron unas sandalias de oro. Desposóle el rey con la princesa y ella se sintió buena de su enfermedad en seguida.

Obtenido el favor real, el Dios insidioso ha empleado el poder de Vémac, primero para aniquilar a la aristocracia tolteca en provecho de los bárbaros sus secuaces y creyentes, después para llevar la guerra a la Ciudad del Peregrino.

Heme aquí de vuelta...Heme aquí en Tlapallan, de donde salí con mi corte de artistas, después de haber llevado la civilización a tres reinos. Aquí están Mita y mi lago de Güijar, Hueytlato y su río Copán, Quiriguá al lado de un océano y Cuzcatlán al lado de otro océano... Por lo que hace al destino de nuestra religión, viendo estoy el porvenir; príncipes de mí casa restablecerán su poder, aunque la lucha entre la Luna y la Estrella de la Mañana se prolongará a través de los siglos... Mas mi deseo de volver a estar con vosotros es el de dormir el último sueño en la cuna de nuestra raza.

Muchos cronistas refieren que Quetzalcohuatl murió a los pocos días de su vuelta a Tlapallan.

ÍNDICE

PÁG.

I.—El Códice Maya 3
II.—La Tortura 6
III.—Sencio 11
IV.—El Encomendero 13
V.—La Loba 30
VI.—Agar o La Venganza de una Esclava 36
VII.—Calístenes 41
VIII.—Prólogo para «La Cascada» y «La Bella Infanta», seguido de «La Cascada», «La Bella Infanta» y «Fragmento de Catón», del poeta Almeida Garret (Traducción del portugués). 49
IX.—«La Cierva del Pie Blanco», del poeta Bryant (Traducción del inglés) 52
X.—Nemi 54
XI.—El Pastor y el Rey 59
XII.—El Testamento de Kicab 61
XIII.—«El Poema del Ródano», del poeta francés Federico Mistral (Traducción del provenzal), seguido de Mistral y los Felibres 62
XIV.—Copán, Sagunto de América 74
XV.—3 de Noviembre, seguido de Nocturno y Poema en Prosa 77
XVI.—La Vuelta del Héroe (Colaboración pedida por «La Prensa» de Buenos Aires, República Argentina, y publicada en la edición de Año Nuevo de ese gran diario 83

NOTA. — Están por hallarse, para que esté completa esta colección de «Cuentos y Narraciones», la tradición titulada *La Piralmíndez*, y la novela cuya primera parte se publicó en el «Repertorio Salvadoreño» con el nombre de *Cartas Amorosas*. *La Piralmíndez* se publicó en el «Diario Latino».